







La Filosofía p. Am.  
o Cartas  
de dos Amantes  
apasionados, y  
virtuosos

Tomo 2º

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
DE MALAGA  
J. L. Estrada

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104496285

---

LA FILÓSOFA POR AMOR,

Ó CARTAS

DE DOS AMANTES

APASIONADOS.

*Carta de Adelaida á Ma-*

*dama de Sainte.*

Querida amiga. Todo está ya destruido, mis proyectos, mis juramentos, mi corazón engañado... Me he atrevido... ¡Dios! ¡qué estado es el mio tan miserable! ¡Qué golpe de rayo acaba de herirme! Durval no se ha ca-

sado ; no es ingrato ; me adora , y desde nuestra separacion , padece , gime , devora sus penas dentro de si mismo , me contempla libre de esta pasion , y no se queja. ¡ Todos mis deseos se llenan , si ella es feliz , dice ! ¡ Qué fortaleza de alma querida amiga ! ¡ O Madre mia ! ¿ Cómo habeis tenido valor para engañar á un hombre tan sensible y tan virtuoso ? ¡ O Madre mia ! ¿ Con qué habeis resuelto conducir al sepulcro á vuestros hijos ? No puedo proseguir , tomemos aliento.

Sí querida amiga , mi Madre era quien nos engañaba á ámbos. La casualidad lo ha

descubierto. Yo la esperaba alcabo de tres dias; su tardanza me causaba ya inquietud; me escribió ayer que pensaba pasar quatro ó cinco dias en Flosicourt. Asegurada por esta carta, no me quedaba mas que la impaciencia de abrazar aquella de quien recibo mi felicidad. Estando desayunandonos juntas Rosalia, y yo, en el gabinete portátil que habia mandado poner en la rexa del castillo, vi pasar el correo; la dixe á Rosalia que le preguntase si habia alguna carta para mí, trajóme una dirigida á mi Madre; la tomo querida amiga, y reconozco la letra de Durval: esta car-

ta se me cae de las manos, la vuelvo á coger, y la llevo involuntariamente á mi boca. Hecho de ver que se encendia de nuevo el fuego de mi corazon, lloro, abro esta carta, quiero leerla, y no puedo. La beso mil veces; mis demostraciones anunciaban un estado tan violento que Rosalia salió á buscar algun socorro viendo que nada respondia. El temor de que viniése alguno me volvió las fuerzas para llamarla. Mi buena amiga, la dixé, el único socorro que necesito es el secreto eterno de lo que ves; tú ignoras el de mi corazon, pues oye: ayudame á llevar una vida que debo pasar en

tormentos continuos : al acabar estas palabras la entregué la carta de mi amante , suplicándola que la leyese. ¡ Con quanta atencion la escuché ! cada palabra de esta carta se grabó en el fondo de mi corazon. Este es su contenido.

„ ¡ Qué dichosa sois Se-  
 „ ñora ! Vos la veis , respi-  
 „ mis el mismo ayre , la lle-  
 „ nais de caricias , y recibis  
 „ las suyas. Puede ser que la  
 „ llegada de mi carta la se-  
 „ pare de vuestros brazos.  
 „ Quan lejos está de pensar  
 „ la adúltera Adelaída que  
 „ su amante gime todavía  
 „ baxo del yugo de una pa-  
 „ sion , de la que ella ha tan  
 „ valerosamente triunfado.

„ ¡Ay! ¡acaso habrá olvidado  
„ hasta mi nombre! No me  
„ queixo Señora; la idea sola  
„ de que ella es feliz me con-  
„ suela. La memoria de ha-  
„ ber sido amada de Adelaida  
„ suaviza los crueles instantes  
„ que pasaré esperando el de  
„ la muerte. Adios Señora;  
„ perdonad que os distraiga de  
„ los placeres que os aguardan  
„ con vuestra hija. Volad há-  
„ cia ella; y tened siempre el  
„ espíritu necesario para parti-  
„ cipar á un tiempo de sus ca-  
„ ricias, y de las lágrimas de  
„ mi dolor. Sed siempre nues-  
„ tra Madre haciéndonos feli-  
„ ces por vuestra felicidad.“

Juzgad tierna amiga mía,  
de lo que paso. Calculad si

es posible los sentimientos que pasaré en el resto de mi vida. Medid la profundidad del abismo en que he caído, y escudriñad mi corazón sin estremeceros. ¿Decid cuál es el sentimiento que debe dominarle? ¿puede reinar todavía el de la naturaleza? Mi Padre y mi Madre son mis verdugos. ¿Qué les debo? ¡Ah! ¿es posible amar la mano que nos quita la vida? Ellos han recibido mis juramentos, se han atrevido á admitirlos. ¡Padre desnaturalizado! ¡y vos Madre mía! ¿No se han estremecido vuestras entrañas al anunciarme el pretendido casamiento de mi amante? ¿Creiais

que una mentira pudiese estar eternamente oculta á dos almas poseidas del mismo amor? ¿Ignorais qué tarde, ó temprano lo sabrian por una inteligencia secreta? ¡Querida amiga! ¿se cura con engaños un corazon oprimido por el amor? ¿Puede haber atrevimiento para esto? ¡A qué riesgos y peligros se expone qualquiera por semejantes determinaciones! Un corazon desengañado se hace sensible con mas energia. La desconfianza le irrita, y el fuego que segunda vez le abrasa se hace inextingible. Este discurso lo forma mi experiencia; la idea de mi amante ingrato me habia dado

fuerzas para abandonarle , y el honor me mandaba olvidarle : pero le encuentro fiel, y mi corazón es por lo mismo suyo con mas ardor que ántes. El honor que dictó mis juramentos los anula , y solo espero á mi Madre para declararla que quiero á mi amante , o la muerte.

*Carta de Adelaida á la misma*

Llegó mi Madre , y aunque temblé á su vista , volví á tomar fuerzas al momento. Recibi sus abrazos con tanta frialdad , que me preguntó la causa. Vuestro corazón , respondí ; se puso pálida entónces , y se inflamó su

restro al mismo tiempo. ¿Sabes, me dijo, que es tu Madre, á quién hablas? Si Señore, lo sé: mis respetos hácia vos son una prueba evidente de esta verdad. Cumplo con los deberes impuestos á los hijos. La brevedad de mis respuestas, y la cólera en que á pesar mio iban envueltas la irritaron; me pregunto con el mismo tono si quería darla razones mas modestas, y decirle los agravios que me habia hecho. Vedlos, responde, dándola abierta la carta de Durval. Y quando una Madre puede resolverse á engañar á dos desgraciados, la dixé, y conducirlos al sepulcro con serenidad,

está permitido justamente á su hija rebuciar al placer de llamarla su Madre. Quedó pasmada sin poder responderme, se la cayó la carta de las manos, y despues de haberme mirado por algunos momentos, me dixo con una voz desmayada; ¡qué pronta estás á condenarme hija mia! Además; los agravios é injurias que me supones contra tí no te autorizan para afligir á mi corazon con tanta crueldad. He hecho mi deber, haz el tuyo. Estoy satisfecha, la respondí; he escrito á mi amante, y espero verle dentro pocos dias puesto á vuestros pies pidiéndoos razon de los tormentos que le habeis

hecho sufrir. Mi mano debe ser su recompensa , y si se la concedéis vereis como vuestros hijos aman sus obligaciones. Tu amante , me dixo, te enseñará á conocer las tuyas , respetando mis voluntades , y no tus órdenes. No le verás á mis pies , porque su presencia es inútil aquí: sus virtudes estan grabadas en mi corazon , y mis intenciones en el suyo. Es cierto que sufre , pero tambien lo es que él mismo se ha condenado. Apetece ménos su felicidad que el reposo de una familia. Es virtuoso , y de consiguiente no eres digna de él. Estas últimas palabras pronunciadas con un ayre de autori-

dad que jamas habia conocido en mi Madre me dexaron aturdida , y sin poderla responder. Tuvo la complacencia de no ver largo tiempo mi turbacion , y se retiro diciéndome : „ Señorita, mañana á las diez os espero en „ mi quarto , en donde responderé con mas libertad „ á todas vuestras réplicas , y „ observaciones, y estaré mas „ tranquila.“

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Mis desgracias han llegado al mas alto punto ; acabo de salir del quarto de mi Madre, quien me recibió con aquel

ayre de frialdad que cono-  
ceis; el que inspira respeto,  
y que se ajusta tambien con  
la magestad de su semblante.  
Sientate hija mia, me dixo,  
y continuaba escribiendo una  
carta que habia principiado.  
El interválo que hubo desde  
el principio hasta el fin de  
ella, acabó de desalentarme,  
y conocí que el temor aho-  
gaba en mi corazon hasta mis  
mas vivas resoluciones. Lue-  
go que acabó su carta, se  
volvió hácia mí, y me pre-  
guntó como habia pasado la  
noche. Muy mal Señora, la  
respondí. Lo creo, me dixo,  
y la memoria de haber ofen-  
dido á tu Madre te habrá in-  
quietado sin duda, porque

el cuerpo no desansa quando el alma es criminal. No supe que responderla; la tranquilidad con que me acusaba, y las miradas magestuosas que me lizaba de quando en quando aumentaban la frialdad que helaban mi corazón; senti que me faltaban las fuerzas, y por mis miradas penetró mis deseos. Ven hija mía, me dijo, abrázandome, ven á animar con tu corazón el mio; ven á jurar sobre mi seno que no ultrajarás en tu vida á tu Madre. No pude ménos de hacer este nuevo juramento, que el amor me hizo desmentir muy poco despues.

Luego que recobré el uso

de mis sentidos acercó mi Madre una silla , y se sentó á mi lado , y mirándome con unos ojos de bondad, me dixo ; ¿tú has tenido valor para ultrajarme , has tenido el atrevimiento de acusarme de que te he engañado , y de querer conducir al sepulcro á dos desgraciados ? hija mia, conoce mejor á tu Madre , á esta Madre que va a justificarse contigo , y cuya sinceridad acaso te hará derramar lágrimas Nada importa , reúne tus fuerzas , y acuerdate de que me pones en la dura necesidad de romper el silencio.

He sabido por Duval, me dixo , que le amas , he aquí la prueba ; y al mismo

tiempo me entregó las cartas que yo habia escrito á mi amante quando estaba en el colegio , con la que escribió quando se la remitió. Dulce amiga mia , este virtuoso jóven suplica encarecidamente á mi Madre que recobre de mi corazon los derechos que el amor la habia usurpado; procediendo á esta generosa súplica la mas tierna confesion del amor; y asegurándola que la esperanza que le acompaña de que yo ignoro que me idolatra le da fuerzas para renunciar á la felicidad de ser suya. No puede resistir á los impulsos que agitaron á mi corazon por la lectura de esta carta;

la inundé con mis lágrimas, é iba á tocarla con mis labios quando mi Madre me la quitó diciéndome, no exijo de ti lágrimas hija mi sino valor: imita á aquel por quien las derramas, y reúne todas tus fuerzas contra tí misma. Ah Madre mia, la dixé, besándola la mano, ¿no habeis amado nunca? tu amante, no ha amado nunca respondió. Esta respuesta me desconcertó enteramente, miré á mi Madre con la mayor sorpresa sin poder pronunciar una palabra. Disimuló, y prosiguió de esta manera: insensada de todos tus extravíos, y asegurada por las virtudes de Durval, formé el proyecto de dividir dos almas

tan estrechamente unidas haciendo valer con ellas el título de Madre , dando á Durval el título de mi hijo , y amándole tan tiernamente como tú : recibió mis consejos con la docilidad de un ciego respeto ; yo la pregunté , ¿ le habeis visto ? Si , me respondió , he oído de su boca el juramento de no causar jamás la menor turbacion á mi tranquilidad. Ha enxugado las lágrimas que sus dolores me hacian verter. Pero volvamos al punto principal: Vivamente persuadida de la violenta impresion que el amor habia producido en ti , y no sabiendo entonces quales eran tus principios sobre las pa-

siones , esperé aunque inútilmente , que me confesases tus tormentos , contentandome con enxugar las lágrimas que derramabas en mi presencia , y con velar en las imprudencias , á que te hubiera arrastrado tu extravío. Hice mas; enterada por una carta que escribiste á Madama de Sainte de tus nuevos principios , y de las violentas resoluciones que el amor te sugería , guardé sin embargo silencio , temiendo hallar encontrados tus sentimientos , é irritar tu corazon tan dispuesto á desesperarse. Tuve el cuidado de no separarme de tí un instante , y de mezclar mi sensibilidad á la tuya á fin de en-

gañarte ó distraerte , si me fuese posible , llamando toda tu atencion. Vivía con la esperanza de que cesaria tu porfia con tus impetus ; pero me engañé : porque aunque he conocido que se han aflojado algun tanto , he sondeado tu corazon , le he hallado en el mismo estado , es decir, siempre débil , y siempre invencible. Por el exâmen que he hecho de tus principios me ha sido fácil juzgar , que eran la obra del orgullo, y del amor : busqué los medios de destruir aún tiempo la causa , y el efecto, para lo que te alexé de todos los objetos que podian complacer tus resoluciones,

entregándote al cuidado de personas extrañas. Esperaba también que dándote el encargo de que representases mi persona en un lugar en que tengo obligaciones que cumplir, siendo la protectora de él, y confirmándose este empleo con las inclinaciones de tu infancia, serías la misma que entoces, es decir, dulce, humana y afable. Considerán'te en fin, con todos los propios aprehensos de tu sexo, te traté con el miramiento que exigen tu edad, y nuestra debilidad natural. A pesar de esto, todas mis precauciones fueron vanas; por lo que la fuente de mis penas permaneció en

mi alma , y tu indocilidad se complació en destruir la penosa obra de mis desvelos; cómo pues, te atreves á acusarme de que te he engañado? Tú eres quien te engañas hijo mío , porque tus pretendidas razones son sofismas , y tu valor un orgullo irritado. Es necesario pues , oponer la fuerza , á la fuerza , y presentarte descubiertamente tus imprudencias , y tus obligaciones.

Tú no tienes de modo alguno el derecho de disponer de tu persona , porque este derecho pertenece á los autores de tu exístencia. Tu primer deber es obedecerles; apartarse de su obediencia es

un crimen , y todo crimen destruye la virtud. Considera atentamente estos principios , y dime tú que tantos elogios das á los deberes de una Madre de familias, ¿quántos son los que yo tengo hácia tí? Tú hija mia has visto que he cumplido con ellos, que he padecido aún tiempo tus dolores , y los míos , que te he convidado con blandura á que satisfagas tus obligaciones teniendo el derecho de habertelo mandado. Mi delito está en que he usado contigo de excesiva complacencia , y mi disculpa en la opinion que he formado de tí. Ella tiene virtudes , me decia á mi misma , y su res-

tablecimiento es cierto. Cosa bien dura es hija mia , que me halle burlada, y que dude si mereces la amistad de tu Madre. No te reconvendré con las lágrimas que he derramado por tí , porque la mano que me las enxugó, me las ha hecho olvidar. Sí, tu amante , un extraño , un hombre, cuya alma es tan sensible como la tuya , y que no ha salido como tu de mis entrañas , pero que la memoria sola de haber tenido una Madre ha hecho sensible. Sí, hija mia , yo he reducido á la desesperacion á este hombre desventurado, obligándole á que se separe de tí ; á el solo debo las fuerzas de so-

brevivir á tus extravíos. ¡Ay! ¿qué podré preveer de una alma, cuyo deber principal consiste en abandonarse á los ímpetus de una pasión, que excita á cada momento la resolución de amotinarse contra las órdenes mas inviolables? Delito ninguno, respondí: lo juro por mi corazón, por este corazón agitado aún tiempo por el amor, y la virtud. Pongo por testigo á mi amante, cuyas virtudes tanto elogiais, y á quien debo adorar: á vos misma apelo de las acusaciones con que me infamais; dignaos pues oirme. Adivino, me dixo, los medios de tu justificación. Tú quieres hablar-

me de los deberes que te has propuesto , y no de los que debes á tus Padres : quieres presentarme con ostentacion cuestiones que yo no podré resolver , y que no deseo saberlas. Además de que , hija mia , mi designio no es el de disertar contigo , sino de justificarme , y convidarte por mi exemplo , á que sacrifiques tu orgullo , al sentimiento de la naturaleza. ¡Ah! Madre mia , ¿con qué me condenais sin oirme ? Debo hacerlo , hija mia ; y aún quando yo tuviese la debilidad de dexarme seducir por tus sofismas , no serian ménos inútiles tus proyectos. Las voluntades de tu Padre son las úni-

cas leyes que debes seguir. ¿Consentireis, la dixe, en el tormento que me prepara? Ninguno te se prepara, respondió, y teme solamente aquellos que tú misma te acarreas. Pero dexemos estas reconvenciones, porque podrían conducirme á darte consejos, que no estás en estado de recibir, y aún á procedimientos que exîgiran que me valiese de mi autoridad. No por esto intento mudar de conducta contigo, y solo quiero darte la libertad de conservar la amistad de tu Madre. Os entiendo Señora, la respondí, y adivino los consejos que me negais disimuladamente: penetro vuestro co-

razon , sí, y leo en él la sentencia de mi muerte: no tengais lástima de mí , manifestadme las intenciones de mis señores: señalad el término á mi vida ; y dexadme solamente el consuelo de señorearme con el dolor ántes de separarme de él. Esta es la última prueba de amor que exijo de vos. Mi Madre se irritó sobremanera, y me acusó de que añadía ultrajes contra ella : me trató de rebelde y tenáz : diciéndome , tu estás ya corrompida , y solo hay un paso de tu estado presente al libertinage. Quise responderla, pero me mandó callar. Intenté insistir, pero me tomó la mano, y me puso

á la puerta de su quarto : diciéndome vete , vete y no vuelvas hasta merecer el honor de hablar á tu Madre. Hallé en mi quarto á Rosalia , que se asustó al verme : ¿ qué tenéis ? me dijo : ¿ qué desconsolada estais ? Me miré al espejo , y me aterroricé de mi misma ; porque estaba pintados en mi semblante los dolores de mi alma. ¡ Gran Dios ! exclamé ; ¿ por qué me dais la fuerza de sobrevivir á semejantes reprensiones ? Rosalia me miraba con una ansiosa curiosidad , y cogiéndome las manos me suplicaba que me tranquilizarse ; la arrojaba de mi , y corria por mi quarto como una loca acu-

sando el cielo de mis desgra-  
cias. Mi cabeza se miraba  
inundada por las lágrimas  
de sangre que vertía, y mi  
alma en fin oprimida cedió á  
la fuerza de mis impulsos, y  
me quedé dormida en medio  
de mis tormentos; al desper-  
tar me sentí aliviada, sose-  
gándome la esperanza de ver  
muy pronto á mi amante,  
que aun vive para mí: ella  
da nuevas fuerzas á mi espí-  
ritu, dulcifica los horrores  
que me asustan: y detiene  
los impulsos de mi rabia. Sí,  
imagino que la presencia de  
este virtuoso jóven apacigua-  
rá le cólera de mis Padres: sí;  
porque los seducirá el aspec-  
to hermoso de la virtud. ¡O

dulce, y consoladora ilusion!  
¡derrama tus gracias sobre los  
dias de la desgraciada Ade-  
laida! y tú tierna amiga mia,  
pide al cielo mi felicidad.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

N o he recibido noticia al-  
guna de Durval. Mi Madre  
me habla con mucha frial-  
dad, y solamente nos vemos  
á la hora de comer. Rosalia  
es la única amiga que tengo  
quien me acompaña conti-  
nuamente, si no es el raro  
que va hacer una visita á mi  
Madre á quien ama mucho.  
Podreis figuraros qual será el  
objeto de nuestras conversa-

ciones. Esta pobre niña sabe mejor que yo lo que pasa en mi corazón, y su viva penetración me aturde mas, porque se contenta con llorar conmigo, negándome sus consejos. La he confiado los sentimientos que me causa la carta de Durval. Yo lloraba al hacerla esta confianza, y ella me acompañaba con su llanto, que fué la respuesta que me dió. Me hallo en un abatimiento, que destruye todas mis fuerzas, y apenas tengo valor, no solo para escribir, pero ni aun para reflexionar. Está tan viva la llaga de mi corazón, que la menor conmoción me despedaza el alma. ¡Ah! amiga

mía , Duval solo sabe obedecer á mi Madre , lo conozco , y que ya le he perdido. He pasado ya tres noches sin haber dormido , por lo que estoy tan desmejorada , que no me conozco , sucediendo lo mismo á mi Madre. Ambas sufrimos en silencio y. . . Pero oigo ruido de alguna persona , y es preciso esconder mi carta porque me han prohibido escribir ; Ay! acaso será esta la vez última que os escriba.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

**M**i alma nada en alegría, he recobrado mis fuerzas , y

mi corazón se halla agitado por el placer. Gusto todavía de la felicidad; y mi Rosalia, mi amiga, mi hermana, consoladora, y mi ángel tutelar vino á darme la primera noticia que me llenó de gozo. Sí, tierna amiga mia, ella era la que subía, y quien hizo interrumpir mi última carta; al entrar me dixo Señorita, Madama de Saint Fray quiere hablaros. El ayre risueño con que me dió esta noticia me sorprendió algun tanto, y la dixe: ¿Sabes tú mi querida Rosalia lo que quiere Madre? Me parece, respondió, que daros parte de una carta. ¿De mi amante? la responli; no lo sé Se-

ñorita, dándome esta respuesta en tono demasiado serio. ¿Pues qué ignoras de dónde viene esa carta? Y me respondió, con frialdad, que sí. La miraba y no me atrevía á preguntarla de nuevo. Todas las inquietudes de mi corazón las daba á entender mi rostro, abría y cerraba mi boca á cada instante; ¡qué insensata sois! me dixo Rosalia. ¡Y tú qué cruel! la respondí. Se detuvo al medio de la escalera, y me preguntó si aun era tan insensata. No, la dixe, con el tono mas frío que me fué posible: ¿me quieres decir de quién es esa carta? Creo que es de... de un jóven, es mi amante, ex-

clamé con ímpetu. Me aparto de Rosalia , subo corriendo las escaleras , y abro la puerta de su quarto , veo á Durval postrado delante de mi Madre , corro á precipitarme á él , y arrojando un grito de alegría , me desmayé. Vuelta en mi natural estado me hallé sentada en un canapé entre mi Madre , y mi amante ; Durval me tenia asida de una mano ; este amable jóven y mi Madre lloraban amargamente. Como no podia pronunciar una palabra , me contenté con pasar mi vista recíprocamente sobre ámbos. Tomo la mano de mi Madre , la uno con la de mi amante , y las beso ámbas

con extremos tales, que les hacia venir lágrimas con mas fuerza; y halló el que demasiado turbada para poner en órden sus discursos, pronunciaba palabras á la casualidad. Mis suspiros, mis palabras, y tiernas miradas se confundían mutuamente. Durval me miraba con tanta atencion que parecia sacar de mis ojos el fuego con que me abrasaba: habló él primero, y me dixo, ¿qué es lo que puedo hacer para corresponder á todo el amor con que honras á un hombre, á quien una inmensa distancia separa de tí? Y le respondí: obtener que mi Madre allane los inconvenientes que impiden nuestra

union: unirte á mí para hacer que oiga tu corazón los tiernos gritos de la naturaleza, jurar que jamás me abandonarás, y que me amarás, como te adoro. Y bien Señor, le dijo mi Madre, ¿os he engañado? Vos lo habeis oido, esto es lo que habeis hecho, juzgad de la poca autoridad que tengo sobre esta hija; vuestras virtudes son capaces solamente de hacerla obediente, y así os la entrego; volvedla á su Madre, y así misma, y al decir esto nos dexó. Este discurso de mi Madre hizo en mí poca impresion, porque dexándome con su ausencia la libertad de considerar á gus-

to á mi amante , me aproveché de ella con avaricia : mis ojos no se cansaban de mirarle , y todos los sentimientos de mi alma , se hallaban dibujados en mi semblante. La suya no estaba seguramente mas tranquila , porque estuvimos largo rato sin poder pronunciar una palabra. Al cabo del qual me dixo : escucha bella Adelaída : Darval... detente , le dixe poniéndole una mano en la boca , no me hables de olvidante. Iba á seguir ; pero le detuve interrumpiéndole. Solo quiero que me respondas á una pregunta , y despues dí quanto quieras , ¿ me amas ? perdió el color : ¿ Me amas ? volví á re-

petir con un tono de voz que pintaba aun tiempo la ternura, y la impaciencia. Se arrojó sobre una de mis manos, que llenó de besos, llevándola despues á su corazon. ¡ Ah querida amiga, como palpitaba! y bien le dixé; ¡ juras por este corazon que sientes palpitár, y por tu amante que no te unirás jamas á mis perseguidores para quitarme la vida? Cubrir su rostro con las manos, fué su única respuesta. Su silencio y el estado de violencia en que le veía me presentaron de un golpe todas sus virtudes. Penedrada de respeto y amor, me arrojé á sus pies, y con una voz apagada con mis sus-

piros , exclamé : ¡ querido amante ! Esta exclamacion le hizo estremecer , y viéndome á sus rodillas , se arrojó á las mias levantándome ántes. Querido esposo , dixé , ¿ tu cruel corazon sofocará tambien el sentimiento sagrado de la naturaleza? Te soy ménos amable que unos estraños , que únicamente pueden interesarte , uniéndose á tu suerte y la mia? ¿Es mas glorioso morir por tu amante, qué hacerla feliz? ¿Tus principios son los de un hombre de bien , y tu primer deber es el de hacer felices. Principia pues por lo que amas , y no te cieges por el temor de perturbar la tranquilidad de

unas gentes á quienes solo el orgullo ha irritado. Este mal no será irremediable ; tenemos medios poderosos para calmarlo. ¿ Quáles son ? dixo. Tus virtudes , y tu amor. Creeme , la imágen de la virtud es seductora , y nuestra conducta atraerá sin trabajo hácia nosotros unos corazones que el orgullo solo ha separado. Habla pues , asegura á tu Adelaida , cede al amor, cede á los gritos de tu amante , obra segun tus principios, y no seas tan servil que quieras ocultar tu amor á la sombra de una vil complacencia. Muestra descubiertamente tu alma , despedaza el velo del disimulo , porque no se hizo

para nosotros. No seas tan débil para sufrir, ó á lo ménos piensa que tu amante padece aun tiempo tus pesares, y sus vivos dolores. Durval me miraba con unos ojos llenos de amor, una agradable sonrisa salia de sus labios, corrian lágrimas de sus ojos, y levantando las manos al cielo guardaba un profundo silencio. Solo me restaba sacar de su corazón una confesion que consolase al mio. Vive seguro de tu amante. Di, ¿me amas? No puedo describir el sonido de voz con que pronuncié estas últimas palabras. A vos dexo el juzgarlo por el efecto que produxeron en Durval: se puso

á mis pies , y dando un grito, que se repitió mil veces en la extension de mi alma , me dixo , si , si Adelaida , te amo , te idolatro , y debo amar-te. Te juro por el Ser Supremo..... al decir esto se detuvo , me alargó su mano , y le di la mia. Juremos al cielo , que viviremos , y moriremos uno por el otro. Querida amiga , mi mano temblaba en la suya. Este juramento me hizo estremecer , permaneci inmovil por algunos instantes , miré al cielo , y quedé tranquila. Me postre delante de mi amante , puse su mano sobre mi corazon , puso la suya sobre el mio llamando al Ser Supre-

mo por testigo de los sentimientos sagrados que nos agitaban, y le ofrecimos los juramentos de vivir, y morir el uno por el otro. Quedamos largo tiempo en la misma aptitud, mirando al cielo en silencio, y repetimos el mismo juramento. Un momento despues ibamos á renovarlo, quando un suspiro mezclado de sollozos, nos hizo salir de nuestro divino entusiasmo. ¿ Y quién lo daba? mi Madre que todo lo habia oido: corrimos á postrarnos á sus pies, dándola mil abrazos. Levantó sus ojos al cielo, y deshecha en lágrimas nos llamaba sus hijos, sus queridos hijos. Sí; exclamó

Durval sin poder pronunciar mas palabra. Miraba mi amante á mi Madre , y la mostraba con la mano al cielo , á su amante y á su corazon. Se arrojó á sus pies , é inundó el rostro de Durval y el mio con sus lágrimas. Permaneciamos largo tiempo abrazados , y nuestros sollozos hacian las veces de nuestra expresion. Mi Madre fué la primera que se levantó , y al mismo tiempo nos precipitamos en su seno llamándola nuestra Madre. ¡O hijos míos! exclamó, demasiadamente conozco que no teneis mas que una alma , y el cielo... ratifica nuestra union, dixo Durval: imitadle Señora , unid

vuestras fuerzas á las nuestras para hacernos triunfar de la preocupacion que nos separa. ¡O la mejor de las Madres! ¿tendriais valor para abandonarnos? y asiéndome de la mano la dixo: esta es obra vuestra; esas entrañas han sido su primer asilo, la han dado su leche, y habeis alimentado su corazon con vuestras virtudes; ella solo pretende imitaros haciéndose madre; ensalza al honor de ser su esposo, á un hombre á quien estimais. No soy noble, es cierto, ¿pero no está justificada su eleccion por sus virtudes? Ademas de que partiendo conmigo las qualidades de su alma me hace dig-

no de ser suyo , de llamaros mi Madre , y tener con ella derecho á vuestro amor. Se detuvo aguardando su respuesta : mi Madre iba á dárla , pero sus suspiros la impidieron. Y bien Señora, dixo Durval con impaciencia , ¿quál es nuestra suerte, sois nuestra Madre ? Levantó las manos , y los ojos al cielo , y mirándonos tiernamente nos mandó seguirla. Pasamos á su quarto. Durval la llevaba por la mano , y yo los seguía repitiendo en voz baxa el juramento , que acababa de hacer. La serenidad resplandecía en mi semblante, que tenia al mismo tiempo rociado con lágrimas de mi

alegría; y llena mi Madre de admiracion me dixo: ¿parece que tienes impresa en tu rostro la imágen del contento? Yo la respondí; el cielo me lo ha vuelto Señora, admitiendo el juramento que acabo de hacer. ¡Hija! ¡querida hija! ¿quál será la suerte que nos espera á los tres? feliz, respondió Durval, si seis nuestra Madre, porque vuestra autoridad puede ponernos al abrigo de los furores de un Padre, á quien el orgullo ha despojado de este hermoso título. Ocupad su lugar, y el que os toca: ablandad su corazón haciéndole sensible como los nuestros; bien podeis hacerlo Madre mia, él es es-

poso, y puede ser nuestro Padre; y os pedimos de rodillas que nos prometáis vuestra proteccion. Nos abrazó diciendo: jamas dexareis de ser mis hijos; al decir esto nos arrojamos á su cuello, la abrazamos jurando sobre su seno que nos haríamos dignos de la ternura de tal Madre; y llamándonos segunda vez sus queridos hijos, nos prometió emplear todos los medios posibles para hacernos felices.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Hasta ayer por la noche no me aparté de mi Madre. El sumo gozo amiga mia, nos

dexa la facultad de sentir nuestras necesidades. Me he visto en la precision de preferir el sueño al dulce placer de deciros quantos aumentos recibe cada dia la felicidad de vuestra Adelaida. Pero gracias á Dios que pasó la noche, y mi cuerpo, alma, y corazon estan tranquilos. Me he sonreido tres veces con mi amante desde que desperté, el qual estaba junto á mi Madre disfrutando del placer de darla tal nombre, y del deseo de volver á ver á su Adelaida. Voy á disfrutar tambien del doble placer de pensar quanto me ama, y de decir que despues de él, y de mi Madre, sois la persona á

quien mas amo ; però ya es tiempo que principie mi carta.

Luego que mi Madre estuvo visible nos llamó , y dixo al entrar : ¿ cuántos deseos tenia de veros hijos míos? Durval la asió de las manos, y se las besó con mucha alegría. Yo estaba inmovil mirándola , y llorando de contento Sí , mi tierna amiga, la idea de ser adorada de mi Madre , y de verme muy pronto esposa de Durval , no me dexaban fuerzas mas que para llorar de júbilo. Durval llevó á mi Madre á un canapé , y yo corrí á sentarme á su lado : él se puso delante de nosotras , y asiéndonos á

cada una de las manos , las aplicó á sus labios, exclamando : ¡ ah Madre mia ! ¡ ah mi querida esposa ! estos nombres respetables quedaron estampados en el fondo de mi alma. Me lancé á su cuello, y lloré segunda vez de regocijo. Hijos míos , nos dice, vuestros cariños enagenan mi corazón, y lo hacen tan sensible como el vuestro , pero no estoy tan ciega ; no me contento con haceros felices por un instante : conozco que mi querida Adelaida , y mi hijo merecen serlo mas de un dia , y que tomando parte en sus satisfacciones debo trabajar en que sean permanentes. Quiera el Ser Supremo que

todo salga segun mis deseos. Hijo mio , dixo á Durval , á tí te toca ayudame ; mi voluntad excede mucho á los medios que puede emplear, para hacer tan sensible como el mio el corazon de Mr. de Saint Fray. Podeis estar persuadidos á que haré uso de toda mi firmeza , y que emplearé los medios mas violentos para el acierto. Espero que mis esfuerzos no sean vanos , y que mis súplicas y lágrimas le moverán para no permanecer mas tiempo en la preocupacion de su nacimiento. Hecho esto se tratará de que olvide los pocos bienes que tienes , y que tus virtudes son el solo dote digno de su

hija. Amable hijo mio, si sabe apreciarte, verá que Adelaida con muchos bienes es ménos rica que tú, pues el dote que la entregas es la felicidad. Veamos pues quales son los medios que hemos de emplear con él, para haceros dichosos. Juzgad querida amiga, quanta sería la atencion de vuestra Adelaida. Estaba apoyada sobre mi Madre, me dexaba deslizar suavemente hasta la tierra, y puesta de rodillas con las manos cruzadas detenía mi respiracion por temor de que no se me escapase la menor palabra, esperando en silencio mi futura felicidad.

He resuelto, continuó mi

Madre, escribir á Mr. de Saint Fray que Adelaida está enferma , que esta enfermedad proviene de los violentos esfuerzos que ha hecho para olvidante; que temo su muerte, y le pediré en nombre de mi amor , y el suyo que la perdone. Aun quando llegue á saber esta noticia , será fácil engañarle ; porque los dolores de su alma han desfigurado su rostro , y no dudo que el temor de perder su hija le haga abandonar la falsa idea que tiene de su imagen ; y así podremos obligarle á que se ablande un poco; le empeñarémos nuestros mayores amigos: uniré mis fuerzas á las suyas , y esperare-

mos de nuestras solicitudes el consentimiento para vuestro himeneo ¿Qué piensas de este medio Durval? Madre mia, si vos sois amada de Mr. de Saint Fray segun mereceis, seremos dichosos Sonriéndose me dixo, ¿qué piensas de mí Adelaida? Quise hablar, y no pude proferrir palabra: vos amiga mia, acordas de que vuestra Adelaida se habia atrevido á creer á su amante pérfido, y escribir á su Padre.... Yo creí que mi Madre estaba enterada de mis juramentos indiscretos, pero quando dolorosamente me desengañé querida mia, miraba á mi Madre deshecha en lágrimas;

Durval estaba aturdido no sabiendo que pensar de mi dolor. Le era imposible concebir la causa de mi afliccion, y especialmente en el tiempo en que se trataba de darle el título de mi esposo. Mi Madre esperaba mi respuesta en silencio, pero no pude dársela, sino con sollozos y lágrimas. Querida Adelaida me dixo, ¿quál es la causa de tu llanto? Yo miraba á Durval suspirando, me puse de rodillas delante de mi Madre ocultando mi rostro con mis manos; querida mia dixo, sacame de la mas cruel inquietud? dime ¿qué es lo que puede asustarnos todavía? ¡Ay amigo! le res-

pondí, mirándole tiernamente, yo he sido el instrumento de nuestra desgracia comun, yo he... mis suspiros impidieron que acabase. Mi Madre y Durval se miraban con inquietud, he hecho traición á mi corazon, y á mi amante. Sí amigo mio, me he atrevido á decir que eras un pérfido, á creer segun se me habia dicho, que otra muger era tu esposa, y en los impulsos de mi cólera escribí á mi Padre que te abandonaba, y le juré que jamas me opondria á sus voluntades. Le he dado un poder absoluto sobre mi mano, y tengo motivo para temer... Me detuve porque ví á Dur-

val cubierto de vergüenza. ¡Qué! me dixo con tono casi colérico , has podido olvidar... Mi Madre le interrumpió , diciendo porque me afligía. Reflexiona y verás que si te hubiera amado ménos, si fiada en los impulsos de su corazon , no hubiera llevado la virtud tan alcabo , hubiera sin duda suspendido el instante de su resignacion á las órdenes de su Padre, sin buscar en él nuevas fuerzas contra sí misma. Este proceder es digno de su delicadeza, y léjos de vituperarle , le aplaudo con tanta mayor alegría hijos míos , porque veo en él un medio de dar verosimilitud al pretendido ries-

go de la vida de mi hijo. Sabiendo Mr. de Saint Fray, que Adelaida ha salido de su error, se hará mas natural el pretexto de su enfermedad. No tengo á bien el disimulo que has observado conmigo, sin embargo te perdono ahora, porque sé que ocultas tus dolores en el fondo de tu corazón por no affigirme. ¿Y será Adelaida tan generosa que pueda perdonarme? dixo Durval. Quiso ponerse de rodillas para pedirme perdon, diciéndome que bien merecido lo tenia. Basta amigo mio le dixe alzándole del suelo, ya estoy demasiado vengada. Mi Madre nos miraba con complacencia, se sonria, y llo-

raba de alegría. Hijos míos nos dixo , la esperanza que preveeis causa á mi alma la mas dulce sensacion que ha experimentado ; y mi alegría, querida amiga mia , era ménos sensible? Discurría por el quarto sin saber á donde, miraba á mi amante , abria un libro , y le cerraba al momento , besaba las manos de mi Madre , mirando á Durval que se contentaba con hacer lo mismo, y reirse. Era preciso dar treguas á mis lágrimas para ir á cenar ; mas acabada la cena principiaron de nuevo. Vuestra Adelaida bailó , y cantó : Ah dulce amiga mia , quanto hubiera dado porque hubierais visto

á Durval , mientras cantaba. No sé si podré pintaros su semblante : no habia facion ninguna que no manifestase contento , sus ojos seguian á los míos , y creo que habia unido su alma á la mia. Se me habia olvidado decir que nuestro buen Dean habia venido á vernos despues de cenar con deseo de conocer á Durval , á quien miraba con mucha atencion , y parecia complacerse en él. Durval , le dixé , todo el mundo te idolatra , y todos los que te ven no pueden ménos de interesarse en nuestra suerte. No se ensoberbecia por esto , y solo respondia á mis elogios con repetir que ade-

raria eternamente á su querida Adelaida. Con que me amas mucho , le dixen ? y este jóven lloraba de gozo. ¿Qué hacia Rosalia, me direis, viendo á su querida ama tan contenta? Esta amable niña, amiga mia , lo estaba igualmente, y no dexaba de hablar de mi felicidad. A cada instante daba gracias á mi Madre por lo que hacia en mi favor , y la decia besándola las manos, y llorando , quán digna sois de ser Madre : me acariciaba tan tiernamente como si la hubiese hecho feliz , miraba despues á Durval , se reía y decia : no ha de ser para vos toda la felicidad. ; Ah queridos protectores míos ; quán

dignos sois de ser felices! mientras estábamos Rosalia, Durval y yo en un rincón de la sala recibiendo las satisfacciones de nuestra alegría, el Señor Dean y mi Madre estaban en el extremo opuesto hablando en voz baxa, y de quando en quando volvía ésta la vista, mirándonos con un semblante placentero. Al ver esto Rosalia nos decía: de vuestra felicidad se habla, y Durval, y yo nos mirábamos tiernamente. Llegó una persona preguntando por el Señor Dean, con cuyo motivo nos despedimos prometiendo á mi Madre que volvería á comer con nosotros. Fatigada del placer me fui

á acostar deseando gozar una vez en sueños de los placeres que habia experimentado en el dia. Adios buena amiga mia, participad de mi alegría, haciendo votos por el dicho suceso de la empresa de mi Madre. Veo á Durval pasearse por el jardin, voy á acercarme á él, y le repetiré mil veces que le adoro.

*Carta de Adelaida á la misma.*

U n nuevo motivo de alegría se presenta á vuesrra Adelaida, y todo concurre á aumentar su felicidad. Amiga, apénas puede mi corazon contener el reconocimiento

que debo á todos los que me rodean. ¿Tierna Madre mía? ¿Querida Rosalia? y vos Dean amigo zeloso , y respetable, ¡cómo pagaré los beneficios con que me honrais! ¡Ah Durval! Ven á participar de mis dulces placeres. El de adorarte es suficiente á mi alma: encárgate pues de cumplir con mis obligaciones; las conoces , eres la mitad de mí misma , y mis deberes son los tuyos. Querida amiga, la alegría altera mi corazon , y me considero muy feliz , y dichosa. Pero descansemos.

Al baxar para que entregasen mi última carta al correo , encontré á mi Madre, que subia á mi quarto con el

fin de prevenirme que el Dean habia venido , diciéndome: corre á darle gracias hija mia, y aprésurate á mostrarle todo el reconocimiento , á que es acreedor. ¡ Qué amigo tan digno , exclamó ! y sin detenerme á preguntarla la causa de su exclamacion pasé inmediatamente á ver al Dean: recibid Señor , le dixé , los nuevos testimonios de mi reconocimiento, aunque ignoro (añadi con precipitacion) el motivo de mi nueva obligacion hácia vos , pero por esto no dexa de ser ménos viva , ni ménos sincera , y conozco... Nada me debeis bella Adelaida , me dixo , y solo deseo que participeis del placer que

recibo en seros de alguna utilidad. Mi Madre os ha comunicado sin duda, el medio que debeis emplear , para ablandar á mi Padre : Sí, Señorita. ¿Y qué os ha parecido? añadí yo con impaciencia. Que le alabo , me respondió; y sin embargo de que le considero un poco cruel , he hallado el medio de suavizarle. En este interválo no apartaba los ojos del Dean , y coligiendo que yo estaba deseosa de saber qual seria el método que él observaria , prosiguió de esta manera : he propuesto pues á Madama de Saint Fray , que me encargaria de su carta, llevándola yo mismo , y entregándosela á Mr. de Saint

Fray en persona ; porque la íntima amistad que nos une me dá poderosos derechos sobre su corazon , los que unidos á la carta de vuestra amorosa Madre, y usando de ellos con toda la destreza que me inspira tiempo hace la amistad que le profeso , y el deseo de haceros feliz , contribuirán á conseguir el fin que pretendo. Ah Señor , exclamé sin poder hablar de placer por espacio de un minuto : miraba á todas partes , y el Dean me preguntó que qué buscaba: donde está Durval le respondí... ¿Qué ! ¿no ha venido todavía á daros las gracias ?... Pero acordándome que le habia visto en el jar-

din , corro hácia él apresuradamente , le registro todo de una ojeada , y no viendo á nadie atravieso el patio de una carrera , y llego á los bosquecillos , veo á Darval dormido sobre un verde cespéd y á su lado un libro ; me acerco con el silencio posible por temor de que al despertar no se sorprendiese ; mi mano toca ya con la suya , y yo entonces asustada la retiro. Querida amiga , una dulce sonrisa se descubria en sus labios , su pecho respiraba con alguna precipitacion , señales de alguna conmocion interior , y faltaba muy poco para que loase : sin duda , decia yo , que sueña con su Adelaida.

en esta situación le contemplaba con éxtasis , hallándome devorada aun tiempo por la dulce imágen de mi amante , y por la impaciencia de hacerle participar de los nuevos ímpetus de alegría ; en un momento tomé mil veces la resolución de no despertarle , pero el placer de hacerlo me quitó la fuerza otras tantas ; determiname en fin , me acerco temblando de placer , doyle un beso , y me escapo ; mas luego que despertó le oí exclamar , ¡ ah Dios mio ! me vuelvo , y nuestros ojos se encuentran ; se levanta con precipitación , corro á él para recibir su mano que me alargaba con la mayor ternura,

y con voz balbuciente, y mal articuladas palabras le dixe: amigo mio participa de mi alegría. ¡Qué felicidad nos espera! .. El Señor Dean.... Quiso interrumpirme, mas yo no le escuché repetido incensantemente las voces de felicidad, y de alegría siendome imposible pronunciar dos sílabas seguidas. Durval me puso la mano en la boca para que no hablase, y mirando mi pecho violentamente agitado de la fatiga del placer me dixo con la mas suave voz: Querida Adelaida tranquilizate, sosiegate. Yo entónces poniendo sobre mi corazon la mano que tenia a la boca respondí; ¿sosegarme?

uzga, si es posible sujetar las convulsiones que tú me causas. Me estrechó entre sus brazos suplicándome en nombre de nuestro amor, que me tranquilizase un poco. No pude ménos de obedecerle, y me senté. ¿Pero estaba yo ménos agitada? No, porque mis ojos no se separaban de los suyos, recibiendo de ellos mas felicidad que la que mi alma podia contener. Advertí que mi Madre nos buscaba, me levanté, y tomando á Durval por la mano le hice que corriese conmigo hasta alcanzarla; quise dársela cuenta de lo que me pasaba, pero me fué imposible, porque el exceso de mi

alegría me cortaba á cada instante la respiracion ; pero la relacion que mi Madre hizo á Durval de las diligencias que el Dean intentaba hacer por nosotros , y las pruebas de reconocimiento que dió á este generoso amigo volvieron la tranquilidad á mi alma , y me dieron la fuerza de reiterar las mías. Adios mi dulce amiga , que voy á descansar acompañando á mi Madre , que piensa cumplir algunas visitas.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Nuestro amado protector sale el Lunes para estar con

mi Padre , y trabajar á nuestro favor. Este hombre respetable , éste amigo extraordinario , y éste ángel enviado del cielo para proteger á vuestra Adelaida , está impaciente por ver concluidos los infortunios de los mas amables desgraciados que conoce. Llama á Durval el único hombre, y mas respetable desde la infancia, y promete bajo juramento servirnos como á hijos propios. Solo me queda la impaciencia de quince dias, tiempo preciso para que el Dean hable á mi Padre , y nos comuniqué su resolución. He aquí lo resuelto en una pequeña junta tenida ayer despues de las visitas , pero

quiero ántes contaros la disputa que tuve con una Dama, que pasó de esta manera: Mr. el Conde de... á quien fuimos á visitar nos propuso llevar á casa de Madama Tuillere, diciéndonos: vereis una Dama Inglesa de un carácter tan singular que os encantará si la habláis un momento. Puede ser que os engañeis, dixo mi Madre, porque somos muy indulgentes para con nuestro sexó, y no tenemos la debilidad de reirnos de las flaquezas de nuestros semejantes. La amable Waffor pues, dixo el Conde, se cree una persona incomparable, y piensa únicamente distinguiese de su sexó por

el adorno , ó que solo este es lo que tiene de comun con él; es un genio tan singular que mira al universo con desprecio, juzgando de sus habitantes como si tuviera el conocimiento mas profundo de ellos, y quando cree hallar alguna persona acomodada á su gusto , y modo de pensar se avergüenza de la condescendencia , y está de mal humor por espacio de tres dias. Os burlais, le dixo mi Madre, y respondió que con el honor no se chanceaba. ¿Con qué es loca? Nada de eso... pero es un ente imposible!.... Es tan posible , dixo el Conde , que es una muger..¿Qué edad tiene? ella dice que treinta y ocho á treinta y nueve años. ¿Es

bonita? dice que lo ha sido. Su cara ademas de su pequenez es negra, y ilaca, frente angosta, ojos undidos negros y vizcos, nariz chata, boca grande, y un pescuezo tan largo... digno pedestal de la cabeza que acabo de describir. En fin, solo falta á mi pintura verla en accion, y si quereis dentro de un quarto de hora, sabreis tanto como yo.

Llegamos á casa de Madama Tuillere, la primera persona que ví, querida amiga, fué la Dama de quien el Conde nos habia hecho el bosquejo. Estaba sentada en una poltrona con un papelote en la mano, estrivada sobre una

mesa de juego , y con tanta atencion , que si el Conde no la hubiera sorprendido , no nos hubiera visto. Se volvió con presteza , y con una voz acatarrada , y tartamuda lengua nos dixo , perdonad Señoras mías , porque mis distracciones me hacen pasar todos los dias por una descortés. Me estaba divirtiendo con un Soñista , que escribió con tanto gusto , que hasta sus quimeras me divierten. Quando estaba traduciendo su elegante frase la miraba sin pestañear , y reconocí perfectamente el retrato que el Conde acababa de hacer. Nos sentamos , y principio la conversacion. Se me olvidaba de-

cir, que Madama habia salido y dexado en casa á su buena amiga, por una ligera incomodidad, que sin embargo, no la habia dispensado de su tocador. Esta graciosa negra estaba vestida de color de fuego, y no tenia su brial sobretentillo, sino sobre un espíritu, y una meditacion. El Cordón que se habia encargado de divertirnos lo contradixo fuertemente sobre su incomodidad, y llegó su desvergüenza hasta decirle que tenia un color de mezcla. Querida amiga, esta muger al oírlo mudo repentinamente de figura. Salió de sus espaldas un pescuezo de inmensa longitud, se la arrugó la

frente , se la saltaban los ojos del casco , y su boca al sonreirse certaba exâctamente su cara. Creí ver una furia, pero estaba tan ridicula que no pude ménos de dar una carcajada que turbó á esta Señora enmedio de las floridas gracias que daba al Conde arrojando una mirada , que me atemorizó; y si el Conde no hubiera tenido el espíritu de disculparme diciendo que habia sido un enredo , que habia hecho conmigo, hubiera recibido un ultraje considerable , porque sus ojos anunciaban una alma violentamente agitada. Como por otra parte me pareció afectar seriedad , no era hacerla mu-

che cumplimiento , estar demasiado alegre en su presencia. Me dió lugar á hacer esta advertencia, el tono despreciador con que respondió á las graciosas burlas del Conde. Disertemos sobre objetos varios le dice : porque pareceis un muchacho , un chocarrero : no Señora , la respondió con tono irónico, solo deseo divertirlos, pero en adelante solo vuestro voto será el decisivo, y vuestros sentimientos guiarán los míos. Entonces no me reía , y este cumplimiento produjo su efecto , porque la preciosa Dama se sonrió sacando su desaforado pescuezo. Ví en fin por la segunda vez esta

hermosa furia que acabo de dibujar. El Conde no podia contener la risa , por mas esfuerzos que hizo; gargageaba, se sonaba , y para salir del aprieto propuso que diese un paseo por el jardin. Sí, dixo , porque la Señora de Saint Fray desea ver el laberinto. Pues qué es esta la Señora de Saint Fray , en verdad Conde , que sois un gran bribon , en no haberme dicho nada , sabiendo quantos deseos tenia de conocer esta bñerita , y quanto estimo el verdadero mérito. Perdonad me dixo , que yo debiera haberos conocido , porque segun el retrato que el Señor Dean me hizo , os doy

el nombre de tal mayor amiga , porque aprecio las personas de talento. Me honrais mucho , la respondí y temo que haya sido exagerada la pintura que de mí han hecho , destruyéndo sin malicia la opinión que habéis formado de mí : desde el laberinto fuimos al parque : despues de haber visto los sitios mas hermosos descansamos un rato , y nuestra Inglesa se puso á disertar de física , metafísica , moral , geografía , historia , y teología , porque según dice , ninguna de estas ciencias ignora , y de todas ellas habló en ménos de un quarto de hora. Yo como modesta é ignorante escuchaba

á todos sin decir palabra, y leia en los ojos de esta bella sabia, que el pretendido prodigio que amaba tanto iba perdiendo mucho en su espíritu antes de conocerle. Lo advirtió el Conde, y me vengó del medo mas gracioso. Citó un pasage latino, y nuestra Inglesa, como mujer que nada duda lo aplaudió mucho, y dixo, que el autor de este pasage era un Francés. El Conde dió en reir como en loco, y no habiendo gustado á nuestra sabia, le preguntó, qual era la causa de su risa: la satisfacción, la dixo, de haberos puesto en estado de reir un disparate: mirad-dela al mismo tiempo

claramente su error. Esta mujer contextió sin embargo por algunos instantes, pero al fin cedió avergonzada. No *dexais*, le dixo, pasar defectos de memoria, y no *perdonais* equivocaciones. Tengo mucho gusto, la respondió, en triunfar de mis Maestros, y confieso que soy *inexorable* con ellos. No dexó de consolarla esta respuesta, y volvió su genio á tomar el curso acostumbrado. No os referiré, mi buena amiga, todos sus desatinos: movió muchas disputas, de que yo aun los principios ignoraba. Usaba de veces muy escogidas, y pomposas, pronunciándolas con mucha medida, y

afectacion, y de frases que nada significaban : todo el espíritu de esta conversacion estaba en los ojos vizcos y alborotados de esta preciosa sálva. Querida amiga, no siempre se puede discurrir con felicidad, porque la memoria agota sus especies, y la charlataneria cesa. Nuestra Inglesa se halló pues en la cruel necesidad de callar, ó de limitarse á hacer preguntas; pasó como mujer filósofa y curiosa á preguntarme quales eran mis mas vivos gustos; yo le respondi que el de la soledad. Con una sonrisa maligna, me preguntó si sabía que era buena moza; no Señora, pero sé que no soy

coqueta; además de que mis obligaciones ocupan gran parte de mi tiempo, y jamás descansaría, si emplearse los instantes desocupados en estudiar el semblante de los hombres que veo, y el efecto que mi hermosura produce sobre su corazón. Estas son nuestras semifilósofas, exclamó la Inglesa. Señorita, este esfuerzo de razón, no es de vuestra edad, y conozco muy bien cuán agradable es ser bonita, y complacer. No lo dudo, le respondí: pero vos sabéis seguramente el placer que causa el cumplimiento de las obligaciones, y por consiguiente no os será imposible creer que sea capaz

de preferir mi corazón al orgullo de hacer ingratos ó engañar. Ah, exclamó nuestra sabia, estais plagada de escú-pulos! ¿Qué? con tanto espíritu adoptais preocupaciones que conócen los placeres mas dulces é inocentes de nuestro sexô? Vos teneis la desgracia de haber nacido insensible. Al contrario, Señora, la respondí; me siento muy dispuesta á amar para quererlo hacer con todos, á quienes quisiera complacer. Esas son preocupaciones, me oixo. No Señora, la respondi con un poco de calor, mejor dicitais principios de virtud, que no preocupaciones. Mi viveza contento mucho

al Conde, y observó que no teniendo la moral amable de nuestra Inglesa otro principio que la moda, no debía formar mala opinion de su corazón, y que sus conocimientos perjudicaban á sus costumbres. No lo dudo respondí; y aunque no estoy picada de la moral de *Mádam*, quiero tomar á risa principios, que de ningún modo son chistosos. Quiquiera puede reirse de mis ridiculeces sin temor de enfadarme. Pero confuso, que sin embargo, no dexo de sentir que se burlean de los principios que forman el gusto de mi vida, y de donde recibe toda mi contento. Nuestra Inglesa me

dió algunas disculpas que admitió con algún orgullo : lo advirtió muy bien y dexó de amarme.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Mañana á las tres de la tarde se junta la familia para oír la lectura de la carta de mi Madre , y para encargarla á nuestro generoso protector ; y á las cinco salimos para Duncy , en donde pensamos pasar cinco dias. Mi padre ; Julia si ; Henry á Roma : procuraré sin embargo verla no volver quedando en el cuidado de decirle sus necesidades , que á quien ella

ame, merece ser estimado.

Mañana, tierna amiga mía principia esta empresa que el cielo ha sugerido á la mas amable de las Madres ¡O Padre mio! perdona la inocente impostura de una amorosa Madre, que desea tu felicidad, haciendo dichosa á tu única hija. Perdoname las lágrimas que derramarás por el fingido riesgo de mi vida, pues preveo que esta cruel ilusión oprimirá tu corazón paternal de la mayor tristeza y amargura; vivo persuadido á que siervo me desolara con igual viveza que los males pero sin embargo, Padre mio, tienes el consuelo en ti mismo, si escuchas la voz de la

naturaleza , ó á tu generoso amigo , que es el órgano de ella. Dile : *yo amo á mi hija, soy su Padre* , y te aseguro que recibirás al momento el mas indecible contento ; á la primer palabra volará exhalada á estrechar su corazon con el tuyo , animándole con los impulsos de su reconocimiento , y recogiendo las lágrimas de tu amor : sentirá su agitacion, y enternecimiento ; la verás á tus pies , y la oirás dar gracias al cielo por haberla dado un tal Padre.

¡Y tá Ser incomprendible y sublime ! Padre de todos , y Señor del Señor, á quien imploro, recibe los votos de una criatura que reclama los de-

rechos, que la diste sobre el corazón de los autores de sus dias. Tú tambien eres mi Padre, y querrias.... No, no me diste la existencia para ser infeliz, porque eres justo; y en esta idea abandono mi suerte á tu divino poder, siendo la esperanza que vislumbro el primer testimonio que te ofrezco, tanto de mi reconocimiento y amor á la virtud, de quien eres la imágen mas perfecta, como de mi ciega creencia en tu justicia. Y tú santa amiga mia, tú, cuya alma pura y casta está constantemente mirando al eterno, une tus penetrantes oraciones á los votos de tu compañera, y da

fin á tu obra contribuyendo á su felicidad.

*Carta de Adela á la  
misma.*

MI Madre acaba de recibir una carta de mi Padre , y le dice que piensa venir á pasar ocho dias en nuestra compañía. Ella disimula su turbacion , y continuamente me dice que no hay novedad alguna , pero nada nos habla del medio que piensa emplear para hacernos felices. Durval está muy serio y triste, su corazon no se atreve á franquearse al mio , y su dolor le consume y de vera en silencio. Yo tierna amiga mia



200 LA MELANCO

saca las fuerzas que me restan del placer de estar con él, porque una sola mirada suya me tranquiliza, considerándome como cuando le veo. Aguardamos al Deán, y esperamos que su consejo será el medio de obligarnos a buscar el medio de recobrar nuestra tranquilidad.

*Carta de Adelaida a la misma.*

Me he separado nuevamente del mes amable de los hombres, porque el erudito Deán ha juzgado necesaria su partida, y fué preciso obedecer; marchó pues, pero antes entró en mi quarto apa-

rentando un aye trisonte, y con voz trémula me dijo: celebraré que os mantengáis buena ... Escribiré al instante a Vuestro Padre... S., cediendo a las súplicas de sus amigos, y á los tiernos halagos de su hija. Quise hablar, pero me interrumpió, repitiendo: os suplico que os cuidéis. La ama amiga mía, su vez está amedrentada, me miró, y me abrazó despues con una precipitacion casi involuntaria. Quiso somrirse; y le fué imposible, porque el dolor le impedía abrir sus pálidos labios; volviase muchas veces en ademan de buscar alguna cosa en mi quarto, y advirtiéndome que le miraba,

se sentó á mi lado ; asióme de una mano , y á pocos instantes salió. Le seguí , y volviéndose hácia mí con precipitacion , me dixo , no bajéis querida Adelaida , hacédme este gusto. Me detuve , y oyendo casi al mismo instante el ruido de los caballos , baxé corriendo , pero ya había partido. En esto llegué á mi Madre , y precipitándome en sus brazos , corrieron de mis ojos las lágrimas del dolor mas vivo.

*Carta de Adelaida á la misma.*

Las lágrimas que debían haber corrido por mucho

tiempo se han retirado á mi corazón , y me ahogan. Estoy en continua agitacion, registro toda la casa , y quando piso por los sitios , en que el placer inunda mi alma á arrebatada por este dulce entusiasmo me detengo en ellos, y mis ojos los registran con ansiosa curiosidad. Mi imaginacion me engaña algunas veces dándome la esperanza de encontrarle , sí ; deseo tan ardentemente una sorpresa igual que le espero muchas veces en ellos : pero ah dulce amiga , ¿ cuánto me cues-  
 ran estas dulces ilusiones ! porque un alma desmayada con la fatiga vuelve á tomar su primera tranquilidad , y

entonces el dolor la penetra por todas partes. En esta situación me concentro en mi corazón, y me saboreo con mis penas. Mi Madre aunque no se queja, me parece que está afligidísima por verme en este estado, por lo que ayer me propuso que iríamos á Duncy, diciéndome que de esta manera me distraería; yo calle, y ella cesó de porfiarme. Ah buena amiga, que bien conoce mi corazón esta tierna Madre, porque en efecto, ¿de qué me servirá abandonar mis síos, que me son tan amables? Por otra parte esperamos á mi Padre de dia en dia, por lo que será preciso volvernos al

instante, y hay dolores de tal naturaleza que no permiten que se les saque de su lugar.

*Carta de Alelaida á la misma*

**E**n verdad querida amiga, que la suerte parece se complace en sobre cargar á mi corazon aun tiempo de dolor y placer, porque mi Madre acaba de recibir segunda carta de mi Padre, en la que le dice que no vendrá á Saint Fray como se habia propuesto, porque un nuevo motivo se lo impide, suplicándola al mismo tiempo que me abrazase tiernamente de su parte. Esta nueva esperanza me hizo recobrar inmediata-

mente la fuerza, y la razón, y valió á mi Madre los mejores dias mas empujados que he dado en mi vida. Fui á buscar á nuestro buen Padre, y mientras que yo estaba en mi quarto escribiendo á Durval, para que viniese al instante, ella decia á nuestro amigo que se le habia cumplido la satisfaccion que habia manifestado en nuestra felicidad. A esta nueva se regocijó sobremanera, reiterándonos sus obsecimientos con la promesa de que antes tardar saldría para Leon dentro de dos dias. Soy feliz segunda vez querida mia, vuelvo á ver á Durval, y le probaré por mis tiernas caricias

quan doloroso me ha sido su ausencia llamándole mi amigo , mi esposo , y mi bien. ¡Qué placer recibiré en decirle que su presencia me ha hecho amables mis dolores pasados ! Llorará de alegría al ver á su amante ; y mi corazón , ¡ ó lágrimas preciosas ! se abrirá para recogerlos.

P. D.

Mi Madre aun duda si llevará ó no á Rosalia , porque quiere segun me ha dicho pedir permiso á Madama de Dunoy , y si le consigue me la enviará pasado mañana. Como á Madre la toca convidar dos veces esta semana , se contentará con llevarme á Dunoy , y dará al ins-

tante la vuelta á Saint Fray

*Carta de Adalaida á la  
misma.*

**H**e aborrado de mi toca-  
dor media hora, para habla-  
res de mis huéspedes. Aquí  
reina la alegría, porque Ma-  
dama de Etnay es idolatra-  
da de su esposo é hijos, y  
éstos por su parte concurren  
á divertirla. Tiene una espe-  
cie de orgullo, por el que se  
advierte á mucha distancia  
que desea se la tributen ob-  
sequios que cree se la deben  
de justicia; la suave sonrisa  
que se dexa ver siempre en  
sus labios, convida á todos  
tan agradablemente, que es

imposible permanecer á su lado sin decirle expresiones balagüefias. Encuentro sin embargo en ella un defecto que no puedo perdonar, y es que los talentos de su hija la interesan tanto, que he oido reprenderla por haber executado mal una sonata en el clave, al mismo tiempo que no lo hizo por haber negado con bastante dureza una gracia á una infeliz muger. Al principio me admiré, y no pude conciliar el tierno interés que Madama parecia tomar en las penetrantes gracias de sus hijos con su insensibilidad á la repulsa que su hija acababa de dar. Esta conducta me movió á exâminar-

la mas de cerca, y no quedé muy satisfecha, porque advertí que solo ame á sus hijos por habito, recibiendo sus cariños por obligacion. Ademas reina en su casa un ayre de grandeza que la hace perder mucho mérito segun mi modo de pensar; pagando criados porque cuiden de las cosas mas menudas. En fin veo aquí todas las personas enamoradas de la sombra de la felicidad, y de poquisimo espíritu para exâminar si la apariencia tiene mas valor que la realidad. He descubierto en el corazon de la hija el funesto efecto de la frialdad de la madre.

Me dixo la señorita de

noy , que dentro de poco  
 no pensaban casarla con  
 Teniente General de Bixér-  
 o. La pregunté que si le  
 aba mucho , y me respon-  
 que aun no le habia vis-  
 y solo sabia por su Ma-  
 que era muy rico, y ama-  
 ; estan formadas , dixo,  
 capitulaciones, y le aguar-  
 nos de tro de un mes. Nos  
 are  inmediatamente  
 a ll  con el fin de que  
 hermano asista á mi boda  
 ando pase á su regimiento.  
 supe fria con que me  
 málaba este matrimonio, y  
 poco valor que daba al ne-  
 cio mas importante de mi  
 a , me hicieron advertir  
 ilmente con quien habla-

ba. He aquí el fruto de una vida negligente, y orgullosa. En efecto, el corazón de este joven se parece al de su Madre; no tiene la menor idea del nuevo estado que va abrazar, y no duda, por su á su imitacion haber cumplido exáctamente con los deberes de una Madre de familia, sentándose en su poltrona, manteniendo á sus padres, y sonriéndose con su esposo. Basta mi buena amiga, porque se acerca la hora de la cita, son las cinco y cuarto, y á la media del día nos estar en la puerta del parque, para ver á Mada de Dumoy, y su compañía á fin de llevarlas á cenar

sa de uno de sus amigos.  
 habla del fuego artificial,  
 el bayle, de la comedia, y  
 fin de una fiesta magní-  
 . Adios amiga mia, que  
 y á ver la tertulia brillan-  
 que se halla en el jardín.

*Carta de Rosalia á la  
 misma.*

Señora, tomad parte os su-  
 lico en mis inquietudes, y  
 dolores. La señorita de Saint  
 ray, ¡Gran Dios! que será  
 nosotras, que golpe para  
 querida Madre: las lágri-  
 as no me dexan ver lo que  
 escribo. Luego que llegué á  
 unoy, pregunté con ale-  
 gría por mi querida ama, na-

die me respondió de aturdimiento, y después que reiteré mi pregunta, llenas de temor me dixeron que hacia dos días que no parecía. No sabemos que pensar de su evasión, la buscamos por todas partes, y uno de la familia del Conde... dixo la habia visto hablar en el conciento con un criado. Asegura que salió con él, pero este hombre se engaña. ¡Ay de mí! acaso se habrá ido á pasear al parque, y se habrá ahogado en el estanque: lo cogteremos esta tarde y lo veremos. ¡Ah Señera! hagamos votos porque esto sea falso; querida ama mía!... dixeron que habia estado

toda la noche muy alegre y contenta. No sé donde está; mañana por la noche escribiré todo lo que sepa. Tengo el honor de ser con respeto, vuestra muy humilde y obediente criada: Rosalia.

*Carta de Rosalia á la misma.*

Señora, aunque han agotado el estanque, no la han hallado, y Madama de Dunoy esta resuelta á escribir á Madama de Saint-Pray dándole noticia de la huida de su hija. Querria que me encargase de esta carta, pero la supliqué de rodillas me dispensase, y convino con la

condicion de que no volviese á Saint Fray hasta la vuelta del criado. Ah Señora, ¡es posible que haya perdido á mi querida ama! Luego que vuelva á Saint Fray os comunicaré el estado de la mas tierna de las Madres que jamas podrá sobrevivir á la pérdida de su hija. Tengo el honor de ser con respeto, vuestra criada. : Rosalia.

*Carta de Rosalia á la  
misma.*

Señora, acaba de llegar el criado, y ha traído la carta que llevaba, porque no halló á Madama de Saint Fray, quien habia salido desde ayer

por la mañana. No sabemos donde ha ido , ni quando volvera. Todo concurre á prolongar nuestras desgracias; no se dexan de hacer indagaciones , pero en vano ; no sabemos que pensar , y no tenemos esperanza alguna. Yo señora, no tengo fuerzas mas que para llorar. No , jamas olvidaré á mi querida ama.

Cielos! en el mismo instante que sepa que ha muerto, moriré de dolor. Luego que venga alguna noticia os la comunicare. Tengo el honor de ser vuestra criada. : Rosalia.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Os escribo á la triste luz de una lámpara. El silencio horrible que reina alrededor de mí solo está interrumpido por los sollozos, y por el des-  
apacible ruido de las cadenas que oprimen á un inocente acusado de asesinato. ¡Es posible que haya leyes tan crue-  
les que ordenen la muerte de un hombre contra quien nada se ha justificado! ¿Quién es el ministro de estas leyes? Otro Querida amiga, esta idea, hiela la sangre en mis venas, y despierta en el fondo de mi corazón todo el hor-

ror de mis temores. En prueba de este sentimiento leed este villete , y juzgad del efecto que habia producido en mi , que me hallaba en medio de una brillante funcion en donde la mas melodiosa música sumergia mi alma en placeres , reprimiendo la impaciencia de volver á ver á mi amante. Si , querida amiga , estando en medio de una embriaguez semejante al que me llamaban , y levantándome presurosa advertí que es el criado , que habia acompañado á Durval. Salgo con precipitacion , y sin hacer la menor pregunta , como la carta que tenia en la mano , y le mando que me

siga ; baxé al portal , rompo  
 la obla , y subo tres pasos  
 de la escalera á fin de acer-  
 carme mas al farol que la  
 alumbraba ; beso veinte veces  
 los caractéres que la mano de  
 mi amante habla trazado , y  
 leo... ¡ Gran Dios !... Juz-  
 gad querida amiga que im-  
 presión haria en mi alma la  
 lectura de este villete del que  
 os envío una copia exâcta:  
 leedlo.

*Villete de Durval á Ade-  
 laida.*

„ **E**stoy preso , porque me  
 „ acusan de asesinato , y la  
 „ prueba que alegan contra  
 „ mí es la de haberme halla-

„do quando me prendieron  
 „con la espada teñida en  
 „sangre , y con la qual de-  
 „fendia mi vida , y la de un  
 „hombre de bien que hallé  
 „acometido de unos vandi-  
 „dos enmedio de un bos-  
 „que , al qual ví caer á mis  
 „pies. La llegada de la tro-  
 „pa puso en huida á una  
 „gran parte de éstos malva-  
 „dos , y hallándome confun-  
 „dido con los que quedaban,  
 „me cargaron de cadenas , y  
 „me pusieron en un calabo-  
 „zo , sin querer oir mi justi-  
 „ficacion. A los quatro dias  
 „halló Lambert el medio de  
 „hablarme por un criado de  
 „sus amigos , quien conoce  
 „al Alcayde de mi prision, al

„ qual entregué este villete.  
 „ ¡ O Adelaida ! espero que  
 „ no dudarás de mi inocen-  
 „ cia , y que no rehusarás so-  
 „ correr al desgraciado Dur-  
 „ val.

Des veces se me cayó este villete de las manos , y la misma causa que acababa de debilitar mis fuerzas las restableció al momento. S , querida amiga , la idea de Durval encadenado , y cubierto de ignominia angustió mi corazón con la mayor violencia ; pero el riesgo inminente en que le veía mezclado con la misma ¿ Donde está tu caballo dixe á Lambert ? En la posada inmediata , me respondió , y asido de

su brazo nos enraminados  
hacia ella. Le esperé á la  
puerta, monté en las ancas, y  
ordené que me conduxese á  
donde Durval estaba, sin de-  
tenerme la advertencia que  
me hizo Lambert de que iba  
expuesta en una noche tan  
obscura. ¡Qué te importa!  
Esta palabra me ha honra-  
do, y salí con todas sus fuer-  
zas; pero yo tierna amiga mía,  
no verti una lágrima, per-  
que la viveza de mi impa-  
ciencia no me dexaba respi-  
rar; sufrí toda la noche sin  
decir palabra el excesivo do-  
lor que despedazaba mis en-  
trañas; y luego que se pre-  
sento el Alba recorrí con la

vista todo lo que me rodeaba; ví un bosque, y pregunté á Lambert si pasaríamos por allí, y con una voz desmayada me respondió que sí; por cuya respuesta, y el modo de decirlo sospeché que era aquel sitio donde habían preso á mi amante. Esta idea me desalentó, llamé en mi socorro todo mi esfuerzo para calmar el horror que este bosque me inspiraba por la idea de la prision en que Durval estaba encadenado; y aun quando nada hubiera sospechado de este temeroso lugar, Lambert me lo hubiera dado á entender aunque involuntariamente, porque al atrevesarle temblaba como las

hojas, y apretaba su caballo más de lo que sus fuerzas alcanzaban. A la salida del bosque di vista á una Ciudad, y preguntando á mi criado si era aquel sitio á donde habíamos de ir á parar, no me respondió, pero reconocí en su profundo silencio, que no se atrevía á anunciarme el lugar en donde mi amante estaba preso. Apreté con horror la vista, hallándome devorada aun tiempo por el temor, y la impaciencia de llegar. Oí el sonido de una campana que me hizo temblar; alzo los ojos, y advierto que estaba en la puerta de la Ciudad, por lo que ordené á Lambert que parase mientras me cu-

bria el rostro. ;Adónde vamos me preguntó ? á la prision, respondi ; en ella estamos me replicó sollozando Al oír estas palabras caí como una cosa muerta , y habiéndome hecho mi caída volver sobre mí misma , corrí á la prision , y llamé á la puerta del Alcajz. Que queráis Señora , me dijo este hombre con una voz que me espantó ? habitar á un prision : cómo se llama ? Mr. Durval : no se pueden ver los criminales ; y al mismo tiempo cerró la puerta. Esta repulsa me puso en estado de desesperarme , pero no por esto dexé de insistir, llamando segunda vez , y preguntando á este espantoso hom-

bre ¿quál era la razon de no poderse ver los presos? porque me está prohibido, me respondió. ¿Y por quién? por el Juez. Quiso volver á cerrar de nuevo la puerta, pero lo detuve; como dixé, ¿os está tambien prohibido responder á las personas que os hablan? Estas razones, y el tono con que las pronuncié le sorprendieron algun tanto, y me respondió, que no. Pues bien amigo mio, hacedme el gusto de decirme ¿quién me podrá dar el permiso de entrar en esta prision? El Juez, Señora. Pasé inmediatamente á su casa, pero el ayre sombrío de este Ministro de las Leyes me ate-

morizó , y así en mal concertadas razones , y llena de temor , le dixé: vengo á implorar vuestra justicia en favor de un inocente, que por vuestras órdenes está preso. ¿Cómo se llama , me preguntó este Juez de muerte ? Duval respondí ; ¿ y vos os interesais por un malvado ? Un malvado le repliqué ! ¿ Le conocéis ? no dixé , pero sé que hace cinco ó seis dias que se le halló en medio de un bosque con su espada teñida en la sangre de un hombre de calidad , que estaba espirando á sus pies. Así que os aconsejo Señora , que no os comprometais interesándoos por un perverso , cuya maldad está

tan probada que hace tres meses que se trabaja en impedir las muertes que comete en compañía de siete, ú ocho camaradas ¡Gran Dios! exclamé vertiendo un torrente de lágrimas, ¿es posible que se disponga de la vida de un Ciudadano por simples apariencias! No Señora respondió, porque nosotros juzgamos á los hombres despues de haber oido los testigos de sus crímenes. ¿En dónde estan respondí los que deponen que han visto á Durval cometer el asesinato qué le acusan? ¿Quién puede distinguir en medio de la noche al asesino del que defiende su vida? Pero conozco Señor, que es-

tais muy mal informado; mas confio en que juzgaréis de la importancia de la vida de un hombre por la vuestra propia; y que vuestro corazón no será insensible á los gritos de la inocencia, ni impenetrable á las luces de la verdad. Por ahora Señor, solo suplico que me concedais una gracia: ¿Cuál es? la de permitirme llegar hasta el horrible asilo del infeliz, cuya inocencia defiende: me la negó, y arrojándome á sus pies se los abracé, y bañé con mis lagrimas diciéndole: ah Señor, ¿quál es la causa porque os mostrais inflexible á las súplicas de este infeliz? La de ser responsable de los

criminales que estan en mis prisiones ; mas yo señor, le dixé con fiereza , soy incapáz de abusar de vuestra confianza. A esta respuesta se llenó de admiracion, y me preguntó quien era : dixele el nombre de mi Padre , y despues de oirlo me dió las mas respetuosas disculpas, concediéndome al mismo tiempo la gracia que acababa de negarme. Solí de su casa con el privilegio escrito de entrar en el lugar mas horrible que en mi vida he visto.

Autorizada con este pasaporte ó salvo conducto llego á la prision , y se lo presento al Alcayde , el que despues de haberlo leído me abrió inme-

diantamente todas las puertas. Despues de haber oido abrir quatro , llegué querida amiga á la que cerraba el asilo tenebroso de Durval, sintiendo en mi corazon una dulce y deleitable alegria originada del desconcertado ruido, que al correr los cerrojos se formaba. Abrióse pues la puerta , pero Dios mio , ¡ qué espectáculo ! el mas respetable de los hombres yacía sobre unas pajas atado por medio del cuerpo con una cadena de un grueso enorme ; tenia el semblante pálido , los ojos hundidos, continuamente llenos de lágrimas de desesperacion. Apénas penetra la luz por esta lúgubre mansion ; y

la que se vé que es muy escasa, anuncia al que alumbró la hora de la muerte. Esta es querida amiga, la pintura que hirió á mi corazón quando vi la primera vez á mi amante, quien al ruido que hizo mi ropa volvió con mucho trabajo la cabeza. Doy algunos pasos adelante, tiembla, me conmueve, y arrojando un penetrante grito abrió los brazos para recibirme, y yo me precipito en ellos recogiendo en mi seno las lágrimas de su dolor. Estrechaba fuertemente su corazón angustiado contra el mio, lleno de agitación; sollozaba con todas sus fuerzas, y temiendo en fin que la violencia de sus

ímpetus no se sofocase, me aparté de sus brazos dándole los mas tiernos nombres. Mas luego que advirtio mi separacion se agitó con mas violencia llamandome á veces, y mezclando sus temerosos gritos con el ruido de sus cadenas. Yo entónces le tomé por la mano, y tranquilizándose un poco me dixo: creia que me habías abandonado. ¡Querida Adelaida! ¡Dios mio! Avaso... ¡Dios! tu conoces mi inocencia.. ¡Adelaida no me dexes!... ¡Ay de mi! Avaso viviré pocos momentos, moriré... Pero tú conoces mi inocencia, sí, moriré contento porque te he visto. Querido idolo de mi corazon, soy

inocente , ¿no es verdad Adelaida ? tú estás triste querida mía , y das muestras de un profundo dolor. Si , le respondí ; pero es por verte tan fuera de ti mismo ; con todo procuraba darle alguna esperanza , y él me escuchaba con tanta atención que parecía estupidez. Poco despues me preguntó por mi Madre , diciéndome que si tenia noticia . Quiso proseguir , pero no pudo . Yo le respondí que sí. Preguntóme despues que si habia venido ; sorprendiéndome la pregunta , y advirtiéndolo exclamo : ah querida amante , tú te pierdes para salvarme , sacrificando tu reputacion. Yo le sosagué diciéndole que mi

Madre vendria dentro de muy pocos dias. En esto anocheció en este horrible calabozo , y fué preciso separarnos , ¡pero Dios ! la memoria de esta separación divide en trozos mi alma. Estaba sentada al lado de Durval, asida de una de sus manos que besaba á cada instante, y él rociaba con sus lágrimas. El temeroso silencio que reinaba al rededor de nosotros tan solamente era interrumpido por nuestros sollozos. Al ruido de los cerrojos, Durval se extremece, y me abraza; vino el Alcayde, y me dixo: Señora, esta es la hora en que se acostumbra á cerrar las prisiones, y es

preciso tengis la bondad de salir. No , no , exclama Durval, y al decir esto , se desmayó. Yo me desprendi de sus brazos , y con la ayuda del Alcaide hice que se recobrasa. Quiso oponerse á que saliese , pero tuve el valor de hablarle con firmeza, reprendiéndole su pretension descabellada. Me miró con admiración, y no me dixo palabra. Tuve el valor al salir de oír sollozar con todas sus fuerzas al mas desgraciado de todos los hombres , resonando cada uno de sus sollozos en el fondo de mi corazón: hallé al criado esperando á la puerta , y me llevo á una posada que habia buscado

casi enfrente de la prision; escribí á mi Madre, y á pesar de mi viage no pude dormir en toda la noche, por lo que me levanté al amanecer, consumiéndome por mas de dos horas la mas viva impaciencia. Al momento que oí abrir la puerta, bajé y fuí á la prision hallando á Durval mucho mas tranquilo que el dia ántes, me alargó la mano, y dijo, cuántas obligaciones te debo? ¿cómo podré reconocer tus beneficios? Sabiendo, le respondí, vencer tus temores, y conservando bastante serenidad para probar tu inocencia. Me mostró entónces sus heridas anegado en lágrimas, y yo le respondí, éstas solo

deshicaran al culpable. Admiróse de mi firme respuesta , y la advertencia que hice no contribuyó poco á fortalecer mi espíritu, porque desde este momento dexaron de correr mis lágrimas ; me separé de él á las once para ir á casa del Juez : vengo le dixé Señor á daros gracias por el permiso que ayer me disteis para ver , y socorrer al mas honrado y desgraciado de los hombres. Vengo al mismo tiempo á decir quien es , ó informaros de su inocencia. Es inútil , me respondió , y desearia no tener que consultar mas que con vuestro corazon ; pues desde este momento le pondria en liber-

tad , pero Señora , las Leyes me lo han confiado , y no está en mi mano disponer de él , sino que debo arreglarme á lo que ordenan ; pero estad segura de que protegen al inocente ; éste es el único consuelo que puedo daros. Daré las órdenes competentes para que comparezca mañana á declarar ; á fin de que la sorpresa no le turbe , para que sepa responder , y no se detenga. Dí gracias al Juez por el interes que tomaba en su favor , y á las tres pasó á comunicar á este desgraciado la dulce esperanza que mentaba mi corazón. Esta nueva produjo en él todo el efecto que deseaba , porque desde

este instante quedó mucho más tranquilo, cambiándose sus agudos pesares en tíenos sentimientos; estaba triste, hablaba poco, pero se ocupaba en objetos que divertían sus dolores, y á excepcion de algunos movimientos involuntarios, que por intervalos se le escapaban, estuvo tan tranquilo como se describe. Para prevenir la mutacion que podría causar todavía nuestra separacion aquella noche le hablé del gusto que tendría en pasar con él la mañana siguiente hasta la hora en que el Juez le llamase. Conoció el objeto de mi precaucion, y dijo, ¡ó Adelaida! una secreta inteligencia mueve nues

tras almas, pues siento mis dolores , previniéndolos ; y haciéndome participante de los tuyos. ¿Qué digo? absorven éstos los míos. Conozco el efecto que produxeron en mí tus reprobaciones de mi desaliento, y confieso mi debilidad , querida amiga.... Sí, siento en mi corazón el temor de morir en un cadalso. Por mas que he querido tranquilizarme con la memoria de mi inocencia , no he podido sufrir con resignacion la imagen del deshonor. O Adalaida, persuádele á que al momento tome el partido de morir , si bastase para justificarme , y aun quando viese se algunos ilegítimos tomaban

solo por objeto el dolor de perderte; pronunció estas palabras con un calor, que me puso en la mayor turbación; interrumpí esta conferencia, y pasamos el resto de la noche con bastante tranquilidad. No obstante, luego que Durval vió abrir su calabozo, me usó con violencia de una mano, y besándome la cara, me llevó á completa oscuridad, con una voz de mayorda me dijo: me verás á vez temprano mañana, Adelaida Leve, que si, llevándote á casa de mi padre es un regalo de mi parte. Luego que quedé en casa me puse á escribir, como me habías encargado, mandando la carta de me despidiendo de

la mano , y caí en una especie de languidez, y abatimiento , que no podía sufrir ; me acometió al mismo tiempo una tristeza mortal, sin hallar nuevo motivo que la produxese ; me acosté , y aliviando el sueño mis fatigas , me volvió la facultad de pensar , y me puso en actividad. Fui á ver á Durval esta mañana, como se lo había prometido, el qual había respondido ya al interrogatorio , y parece que está algo mas tranquilo; yo he empleado en escribirlos las dos horas primeras que ha pasado durmiendo desde que se vé cargado de prisiones. No obstante, sus violentos temores , y estremecimientos

interrumpen frecuentemente su sueño ; lanza profundos suspiros , y se inquieta sobremanera , atemorizando fuertemente mi corazón el espantoso ruido de sus cadenas. Amiga mia , no estoy acostumbrada á los horrores que me cercan , y mi pretendida serenidad no es mas que una máscara para encubrir á Durval mis temores , y dolorosas penas. La dulzura y gravedad de su Juez me tranquiliza algun tanto , mas con todo, no puedo acordarme sin estremecimiento, que ha sido preso á media noche con su espada en la mano , y teñida en sangre , rodeado de saltadores , testigos de su asesinato,

y que un hombre es el Juez de la muerte de otro hombre. ¡O buena amiga mía! hagamos votos al cielo, implorando la justicia del Ser Supremo.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

**A**caba de llegar mi Madre, é inmediatamente que me vió abrió sus brazos maternos con los mayores extremos de alegría para recibir mis abrazos, cubriendo mi rostro con las lágrimas de su amor. ¿Para qué ha servido pues, tu imprudente viage, me preguntó? Para esforzar el espíritu, la respondí, del mas desgra-

ciado de los honores , apartándole de un precipicio á que la desesperacion le habia conducido ; y para darle un grado de tranquilidad suficiente que le pusiese en estado de hacer uso de su razon. Interesé al Juez en su favor, respondió al interrogatorio, y le penetrado hasta su corazon una pequeña luz de consuelo. Mi Madre se arrojó á mi cuello , preguntándome si habia estado en el calabozo : la respondí que todo el dia. Cielos amada ¿ de dónde sacas tanto espíritu y valor ? De mi corazon , la respondí ; me miró atentamente, y me dixo, vamos á verle ; levantéme con precipitacion , y asida de

mi mano llegamos á la prision. Al atravesar el callejon obscuro que guia al calabozo , advertí que mi Madre caminaba con paso vacilante, y poco seguro : sosegaos querida Madre la dixé , y su respuesta fué apretarme la mano. Inmediatamente que vió á Durval , exclamó ¡ah Dios mio ! y al acabar estas palabras la acometió un fuerte desmayo , del que me costó gran trabajo aliviarla. Durval la miraba inquieta , y desasogadamente , y luego que recobró su conocimiento, se adelantó á él para hablarle , pero su dolor ahogaba sus palabras ántes de salir de su boca. ¡Ah , Señora! exclamó

mó este jóven , no es extraño que la imágen de un criminal cargado de cadenas riñite vuestro virtuoso corazón. Mi Madre , con voz desmayada y lángida respondió , sé querido Durval , que eres inocente , que soy tu Madre siempre , que te amo , y que jamas te abandonaré. Sostégate , pues , que me hallo con valer para sacrificar todas mis riquezas , y despedazar los hierros con que injustamente te han cargado. En esta inteligencia vive persuadido á que jamas dexaré de ser tu Madre. Advertí por la palidéz de su rostro , que esta escena la fatigaba cruelmente , por lo que la propuse

que saliesemos, y ella consintió con mucho gusto. Pasamos toda la noche hablando de las virtudes de Durval, y mi Madre prometió que al primer suceso desgraciado partiría para Fontaynebleau, donde estaba entónces la Corte con el fin de solicitar su gracia. No obstante, aunque sea esta promesa consoladora no satisface á mi corazón, porque permanece en la idea de un crimen que no existe.

*Carta de Adalaida á la  
misma.*

**N**o he podido hablar esta mañana á Durval, porque me dixo que habia careo de pre-

soy ; no me atreví á preguntarle lo que quería decir carrear , por lo que tampoco puedo decirlo lo que es ; pero esta tarde se lo preguntaré á Durval , y desearé que este sea nuevo motivo de consuelo para él. No es culpable ... ¡ Gran Dios ! permitis que la virtud sea abatida hasta sufrir la ignominia... Pero mi sensible amiga , confio en la providencia.

*Carta de Adelaida á la misma.*

**D**ios mio ! Acabo de ver querida amiga á Durval , quien se retorcia las manos mordiendo con rabia sus ca-

denas : me acerqué á él , le hablo , y queriendo tomarle diferentes veces las manos para que se tranquilizase, me arrojó con una violencia sin igual , mirándome de un modo extraordinario y furioso. Miró con atención despues sus cadenas moviéndolas con una fiereza indecible como si quisiera romperlas; arrojolas contra la pared , y levantando los ojos al cielo exclamó de esta manera : ¡ Ó Ser eterno , y justo ! no permitas que muera sobre un cadalso cubietto de cprobio, como un indigno asesino : ¡ Ó Padre mio, tú morirás de desesperacion y vergüenza! Adelaída.... cielos , me castigais

por hubiera amado... Al acabar estas palabras quedó inmovil : yo me atreví á acercarme á él , y arrojando un profundo suspiro , y no queriendo recibir su mano , me díxo con precipitacion : Adelaida, Adelaida , ya veo que me abandonas , pero bien sabes... Si , ya conozco que vienes á despedirte de mi por la última vez. ¿ Yo abandonante, le respondí? ¿Por qué? Porque estoy condenado. Creeme , y abandona estos lugares Adelaida , huyendo de un criminal , que acaso dentro de dos dias verás conducir al cadalso : si , haye de este espectáculo tan horrible. ¿ Tú conducido al cadalso , respondí?

No, no amigo, una suerte igual solo está destinada á los malvados. ¿Con qué ignoras?... Qué, ¿le pregunté? ¡O querida Adelaida mia, exclamó! Porfió en que me dicese la causa de su temor, y me dixo que habia sido confrontado esta mañana con los que habian sido presos al mismo tiempo que él: que uno de ellos cargado de las mas enormes crimines habia dicho que le conocía, acusándole tambien de ser su cómplice: que atónito de semejante calumnia se habia desmayado, por lo que le conduxeron á su calabozo. Querida mia, hice todos los esfuerzos posibles para resistir

este terrible golpe , diciendo a Durval que no temiese, que iría .. pero me ví en precipitación de salir sin poder acabar , para dexar correr con libertad las lágrimas que sollozaban mi corazón. Al entrar exclamó mi Madre, ¿ qué te ha sucedido ? ¿ qué tienes hijo mío ? ¿ ha muerto Durval ? me señala, respondí , deshecha en lágrimas , pero está desesperado porque uno de los malvados con quien lo prendieron ha venido la vilesa de declararle su cómplice. Mi Madre permaneció viú sentido al oír estas palabras, é inmediatamente que se recobró llamó á uno de sus criados , mando-

le que pusiese los caballos al coche. Acercose luego á mí y me dixo estas palabras: hija mia, llama en tu socorro todo tu valor: no abandones á Durval, diciéndole que respondo de sus dias, y que no me volverá á ver hasta que consiga su perdón: diéme un abrazo, y marchó. Corrí al instante á comunicar esta noticia á Durval, pero como habia llegado ya la hora de cerrar la prision, no pude verle hasta al dia siguiente.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Salgo del calabozo de Dur-

val amándome al entrar de  
á do el valor de que es posi-  
ble el alma mas fuerte , re-  
parado hallarlo entregado á  
la desesperacion , y respiran-  
do y horror de morir en un  
cadalso ; me recibió con tran-  
quilo semblante hablándome  
de esta manera : te esperaba  
con impaciencia Adelaida,  
para comunicarte el medio  
que he hallado de escapar del  
suplicio infame que me espe-  
ra. ¿Cuál es , le pregunté  
con alegría ? ¿ tienes un pu-  
ñal ? me dixo : le miré sin  
responderle Sin duda que  
estás admirada añadió, de ha-  
llar tan pacífico á este mismo  
hombre que ayer viste entre-  
gado á los primeros movi-

mientos de su desesperacion! Mas la memoria de los sentimientos con que me honraste, estando en libertad, y que tan generosamente me conservas en la esclavitud, ha despertado en el fondo de mi alma la idea poderosa del honor volviéndome el espíritu, y haciéndome conocer que aquel á quien tanto favoreciste, debe morir como lo vivió. Advertia que la tranquilidad con que le escuchaba, redoblaba la fuerza de su expresion, y me lisongeaba de poder destruir con una palabra el proyecto mas atrevido del mas generoso de los hombres sin abatir por esto la nobleza de su corazon. Siempre he

estado amigo mio, le dixes, en la firme persuasion de que ningun sentimiento podia confundir en tu alma el del honor; y la tranquilidad con que meditas la muerte, me da una idea poco comun de la ninguna importancia que atribuyes á la vida de un hombre despojado del mas sublime de sus sentimientos. Recorre todos tus deberes, y obligaciones, y despues de un exâmen hecho á sangre fria, me responderás de otra manera; te permito que me acuses de crueldad. Esas fuertes resoluciones, es preciso renunciarlas amigo mio, porque mañana obtendrás el perdón, y si aquí no le consi-

guieses , alcanzarás la suerte que la providencia destina, á la inocencia oprimida. Perdon me respondió , no : volví á insistir , diciéndole que mañana le conseguiría , porque le mejor de las Madres salió ayer para Fontenebleau, á quien espero dentro de veinte y quatro horas : movió la cabeza en señal de que desconfiaba. Ya te entiendo le dixé , hombre orgulloso é insensible. Y me dirás que una gracia dexa en pos de sí, la idea del delito , y que la muerte parecerá ménos terrible que una mancha que afee eternamente la vida. ¿ Pero dime , en nada estimas la opinion de una amante á

quien consideras con virtudes? Quando mi corazon te justifica, qué cosa puede asustar tu cruel delicadeza? Ingrato! ten la osadia de reprendermelo si conservas la menor memoria de nuestros amores. Apartó entónces los ojos por no ver mis lágrimas, y despues de un breve silencio exclamó: ¡ó Dios mio, sostén mi valer! y viéndole enternecido, le dixé: vaya, ¿qué me respondes? Quieres pues, me dixó, ( y esto con una mirada que pintaba la cólera hasta su último punto ) quieres repetir que dé á tu corazon el último golpe de la desesperacion? En hora buena: pues has de saber ¡ó-

ven instruida en las leyes de la virtud, que hay crimines irremisibles, como es el de que este malvado me ha declarado cómplice. No, jamas ha conseguido un homicida la gracia de un Príncipe. En esta inteligencia, decide ahora de mi suerte, mirando por una parte el cadalso que me espera, y por otra la muerte que te pido: elige, pues, Adelaida, Adelaida; ¿permitirás que la mano de un verdugo corte la vida de un hombre á quien amas? Querida amiga, un mortal líbela discurria por mis venas; una espesa nube cubria mis ojos, y el espanto cruel de mi corazón se hacia sentir por to-

das las partes de mi cuerpo. En este triste estado saqué con mano trémula el puñal de mi seno, y presentándosele á Durval, le dixé, toma, y por esta resolucion conocerás si te amo. Recibiólo con precipitacion, y ocultándole en la paja, que servia á su cuerpo de descanso, me besó una mano con el mas fuerte arrebatamiento, diciéndome: Adelaída querida amante mia, participa del contento que recibo en morir digna de tí. Yo entónces con una voz mezclada de sollozos, le dixé: ¿te alegras querido Durval de morir, y abandonas gustoso á tu Adelaída? No te abandono me

respondió con un entusiasmo, que inflamó mi corazón: no, no te abandono puesto que te dexo la mas sublime parte de mi mismo, que es la memoria de mis virtudes: ellas consolarán tu corazón, y le alimentarán con el fuego divino que han encendido en él; y dexando la vida te restituiré el valor que me has prestado para morir: este servirá para borrar de tu alma la triste imágen de mi muerte, ó para alexarla de ella, haciéndote sentir que vuelvo á vivir dentro de tí misma. No, no te abandono, puesto que te dexo la consoladora persuasión de mi inocencia, el placer de oír la voz públi-

ca, que le justificará tarde ó temprano; el cuidado de consolar á los mas respetables viejos, y de conservar los últimos dias de mi Padre: ¡Qué testamento querida mía! Después de haber permanecido por algun tiempo inmovil, y pensativo, se volvió en ademán de coger el puñal que habia oculto en su peña. En vista de esta determinacion me arrojé sobre él, y le dixé: ¿qué vas hacer? Volverte el puñal me respondió con tranquilidad, porque seria un indicio cierto de mi muerte, y no habiendo llegado aquí mas que tú podrian causarte graves sentimientos; ademas de que he hallado un

medio mas seguro , qual es el de una ponzoña que puede producir un efecto tan pronto , y del que no quedará vestigio alguno ; vuelve pues esta noche y traemela. Perdí el color.... Acuérdate Adelaida , me dixo que me espera un cadalso ; y ademas de que ¿no me lo prometiste? Sí le respondí ; pero ten presente que tu vida pertenece al criador.... y al momento marché.

La firmeza de Durval antigua mia , me llena de admiracion , é inspira un valor no conocido , porque un culpable no tendria esta tranquilidad que tan perfectamente caracteriza la inocencia. Y yo

me he atrevido.... no puedo pensar en esta excusa sin estremecerme de horror.

*Carta de Adelaida á la misma*

Obedecí al fin : si ; las manos de Adelaida , estas manos que estaban destinadas á acariciar al mas amable de los hombres , acaban de preparar la ponzoña que debe correr por sus venas? Si , el amor ha mudado mi valor en ferocidad. Dentro de dos horas iré... te traigo... te traigo la muerte. ; Querida mia ! sobreviviré... No... con todo él me lo ha ordenado... cruel obediencia... La pluma se me cae de las manos.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

**E**l día haye, y la muerte se acerca. Dos veces he llevado ya mi mano... ¡cielos cinco minutos me restan por resolverme... Mis fuerzas me abandonan... ¡O Dios mío!... Volvedme las... No, sin embargo el cadalso, ó la ponzona... Querido Duval voy... ¿Pero qué hago, mi amante vá á recibir la muerte de mis manos?... No puedo. Que le he prometido... Ah querida mía, el honor, la virtud misma... La inocencia sacrificada... Estas reflexiones me oprimen. La hora se pasa, y

nada detiene al tiempo. Voy  
pues.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Se me acaba de negar la entrada en la prision, pasé á casa del Juez; me dixerón que estaba fuera, y que no volveria hasta mañana por la noche. Sin duda querida amiga, que este Juez de muerte se ocultará para no oir mis gritos, previendo acaso... Si en este momento habrá leído en mi corazon, pero el bárbaro rehusa leer en el de Durval. ¿Estas son pues las leyes que protexen la inocencia? ¡Ó Ser Eterno! Tú

eres justo, y tales leyes no deben subsistir. Tú eres el Padre de los hombres ; me has dado la vida , y Tú solo me la puedes quitar. No , no puedes autorizar leyes tan bárbaras , ni la sangre del criminal puede serte una ofrenda agradable. ¿Es preciso quitar la vida á los hombres para hacerlos buenos ? No, porque esto es destruir al hombre sin destruir el delito. ¿O leyes crueles , vosotras vais á mezclar la sangre del inocente con la del culpable! Y tú Ministro de estas leyes , ¿ te atreverás á pronunciar?... Sí , porque tu corazón insensible por deber , se ha hecho sordo á los gritos

de la inocencia , y te has habituado á armar el brazo de un Verdugo con la espada de la Justicia. Mas , ó Señor, perdonad mis delirios , y las desconcertadas razones de unos seres á quien la fuerza del dolor ha hecho perder la razon. Para que sirven mis quejas si despedazan mi corazón y no le alivian. Todo consuelo me falta , pues aun el de substraer á mi amante del cadalso, dándole la muerte me ha abandonado. Ay, y como me acusa el desgraciado de debilidad. El se avergüenza aun tiempo de mi poco espíritu , y del deshonor de que vá á verse cubierto. Esta idea, Dios mio,

despienta toda mi desesperacion, y hace intolerable el peso de mis dolores. ¡ Compadecedos de mí , Señor !

*Carta de Adelaida á la misma.*

Son las dos , y aún no se han cerrado mis ojos. Recorro mi quarto sin saber lo que hago. Abro mi ventana á cada instante, y en vano procuro mirar los muros que encierran á mi amante. Presto atento oído al menor estrépito , creyendo oír los gritos de su desesperacion ; me retiro al instante , y vuelvo á entrar en los furoros , que devorarán mis entrañas. He to-

mado veinte veces la pluma, y otras tantas se me ha caído de la mano, y para escribiros estas pocas líneas la he dexado nueve veces. No puedo mas.

*Carta de Adelaida á la misma.*

A cabo de salir de un largo entorpecimiento, viendo en sueños los preparativos de un suplicio espantoso. Me imaginaba que llevaban á Durval... Este jóven intrépido caminaba con un paso firme; su rostro estaba pálido, llega... Se pone de rodillas, mira al cielo, y vuelve á levantarse... El Pueblo gime,

está enarbolado el brazo del Verdugo , y oigo gritar : perdon. Este grito me despierta. Mi corazon querida amiga palpita aún de susto. Sí... acaso el insesato me habrá engañado , porque no es homicida. . Si mi Madre conseguirá... ¿O dulce esperanza!... O por mejor decir , ¡ ó esperanza terrible !

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

¡Qué lentamente corre el tiempo ! Que duro es vivir en la impaciencia , y mucho mas , quando hay que contar los minutos que restan para saber la hora en que ha de

morir el mas amado de los hombres. Estoy en un continuo sobresalto , y los sentimientos de mi alma se confunden mutuamente. No veo estado mas desventurado que el mio. Envidio á un el de los infelices , á quien veo pasar por la calle oprimidos con el peso de la miseria. Que yo sufra.... Sino fuera tan grande el riesgo en que se halla Durval , preferiria la muerte á las inquietudes que me causa.... Sin su vista.... En nada hallo consuelo.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Solo me queda una hora; ó mi dulce amiga , quanto tardo en saberlo. No puedo ya conmigo misma. Mas si mi Madre no hubiera conseguido el perdón , hubiera vuelto ya. Quanta alegría recibiré en llevar yo misma á Durval la noticia , y decirle tén , y ahora muere, si tienes atrevimiento para ello.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Ha pasado hora y media, y mi Madre no ha llegado.

Quien puede.... ¡cielos! me habrá este desgraciado engañado con la verdad, diciéndome que un homicida no consigue jamás el perdón. ¡Qué!... El...? Conducido al cadalso? Pero oigo el ruido de un coche, y puede ser qué... No es mi Madre querida amiga, no puedo decir más. ¿Pero quién puede impedir su vuelta? Ojalá que venga con el perdón de Durval... Perdón solo se concede á los criminales, y mi amante no lo es. Esta es mi única esperanza... No puedo más, á Dios.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

**L**a noche se acerca, y no ha llegado nadie. No me atrevo á esperar... Me hallo casi sin fuerzas. Un temor universal.... Mis lágrimas me ahogan. Mi corazón perece, pues apenas puedo respirar. Estoy en un estado de abatimiento inconcebible. ¡ O Madre mia! ¡ Si lo supieseis con cuánta precipitación darías la vuelta ! Querida amiga la impaciencia me atormenta. Oigo ruido, á Dios.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

¡Cielos ! una tropa de Alguaciles está á la puerta de la prision. El pueblo se amon-tona , y la puerta se abre , y el primer objeto que se me presenta es unos infelices atados , á quienes conducen....  
¡ A dónde !... ¡ Santo Dios ! desespero : que digo , espero todavia , porque mi corazon se informará de la suerte de mi amante. Tierna amiga , él solo me ocupa... ¡ Pero encadenado como un asesino ! Espantosa situacion. Quisiera escribir mas , pero no puedo.

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

A cabo de enviar á mi criado , á quien espero ; y á la primera noticia.... Querida mia tuve la osadía de preparar la ponzoña pára... Haré mas , porque es mi esposo la mitad de mi alma , y su deshonor caerá sobre mí , y no debo sobrevivirle. El cielo ha recibido mis juramentos , y los cumpliré , y tendré á lo ménos... Pero oigo el murmullo del populacho , y veo que los conducen. ¡ Cielos ! Durval no vá entre ellos ! Esto es hecho , y acaso esta noche.... A Dios mi consola-

dora, recibid las últimas confianzas de mi corazón. Que golpe para el vuestro... Pero hay de mí, que quando leais esta carta, mi alma se habrá unido con... Sí, nosotros estaremos ya reunidos, y esta idea es la que disipa en mi alma los horrores de la muerte, porque no muere quien sigue á su amante al sepulcro. ¡ No sé qué digo !

*Carta de Adelaida á la  
misma.*

Apénas acabé mi última carta quando oigo el ruido de muchas personas que al parecer hablaban en mi escalera; atemoríceme, y ponién-

me á escuchar, creció mas mi temor al advertir que se acercaban; en efecto , abren la puerta , y á la primera persona que veo es al Juez, cuya presencia me desmayó , hallándome en los brazos de Durval, quando me recobré. Querida amiga , quedé sin sentido por algunos instantes, y desprendiéndome de sus brazos me prostermé en ademán de suplicar al cielo, pero queriendo hablar no pude. Tal era la triste situación en que me hallaba. Durval corrió á favorecerme , y al levantárme me mostró á Mr. de Reuil , amigo íntimo de mi Padre , á quien todavia no habia visto , diciéndome: éste

es mi libertador , éste es el hombre de bien , de cuyo asesinato me acusaban. Me puse de rodillas delante de este generoso amigo , quien al alzarme del suelo me dixo: no, no me debes nada , y yo sí que te debo la vida. Durval interrumpió esta escena advirtiéndome , que causaba mucha molestia á Mr. de Reuil , quien no estando enteramente curado de sus heridas , habia hecho el último esfuerzo , y aun espuesto su salud por darsela á su querida Adelaida, y conduciéndome entónces ante el Juez, añadió : éste es el Señor que ha ordenado, que se me quitasen las cadenas ; yo le dí

gracias llena de temor , porque la presencia de este Juez á un me amedrentaba. Lo que advertido por él , fué motivo para que se marchase.

Durval me enteró entonces del modo con que su inocencia se habia descubierto, diciéndome que estaba en uso en el juicio criminal presentar al acusado con el acusador , á fin que éste reconociera aquél de quien se queja; pero como las heridas peligrosas de Mr. de Reuil hicieron temer que el aspecto de sus asesinos le causase una revolucion capaz de exponer su vida , esperaron á que estuviese en estado de poder

mirar tranquilamente semejante espectáculo. Mas luego que este generoso amigo me vió , y me conoció exclamó: ¡ Cielos ! ¿ mi libertador preso ? El Juez se acercó á él , y preguntándole si me conocia , le respondió que sí , y que era el mismo que habia expuesto la vida , por salvar la suya , por cuya razon mandó que me quitasen las prisiones.

Aquí fué donde la alegría de Adelaida llegó al mas alto grado , despertando todos los sentimientos , y fuerzas de su alma , entregándose el resto de la noche al placer de dar gracias á su bienhechor , y al de resarcir

á su amante por sus tiernas caricias de todos los males que habia padecido. En fin, solo falta á mi felicidad la de dividirla con mi Madre.

*Carta de Adelaida á la misma.*

**E**sta ha vuelto, pero advertí ; que su semblante estaba muy marchitado , é inundado con sus lágrimas , pero á pesar de esta observacion corrí á presentarme á ella , preguntándola con la mayor ansia ¿qué si estaba libre mi amante ? Respondiome con un abrazo continuando en sus tiernos sollozos : acerqueme á ella , repitiéndola si estaba

libre: á querida hija , ¿para qué vendré á turbar la dulce alegría , que experimentas, y que tan justamente mereces tu corazón? Pasé pues por Saint Yvoy , y tu Padre... Sus suspiros la impedían continuar. ¿ Y qué? la dixe, ¿ mi Padre?... Acababa de llegar me respondió, movido por la funesta noticia de tu pretendida enfermedad: sabe que Durval... Está tan colérico que... Marchemos al instante querida hija mia , que pienso dexarte en Dunoy , y desde allí volveré á estar con él, procurando.... ¿ Pero qué, hemos de partir sin ver á Durval , y á Mr. de Renil en cuya compañía está? Mi

Madre se sorprendió al oír este nombre ; y yo la respondí que él era á quien Durval habia salvado la vida , como lo probaban las heridas, de las que no habia sanado todavia. Mi Madre consintió en que fuésemos á verlos, con la condicion de que no participaria á Durval la vuelta de mi Padre, por no causarle temores , que despertarian todas sus pesadumbres : yo voy á hablar á Mr. de Reuil, y creo que luego que se ponga bueno vendrán los dos á vernos. Llegamos á su casa , y mientras que mi Madre estaba hablando en particular con él, yo me habia puesto al lado de Durval , y la viva ansia con

que me miraba fué causa de una conmocion que me hizo prorrumpir en lágrimas; preguntóme Durval la causa de ellas , y cuándo me disponia á responderle , llegó Mr. de Reuil , y me dixo : Señorita, estad segura que dentro de ocho ó diez dias á mas tardar la harémos una visita , pero confío , en que no querreis detener á mi libertador : le respondi que no; acabada esta contextacion me dixo mi Madre , que era necesario irnos al instante para disponer nuestro viage que se dilató hasta el dia siguiente , asegurándome , que estaba persuadida, á que mi Padre no negaria la mano de su hija á un hombre,

que salvo la vida de su mejor amigo. Así lo espero querida consoladora mía.

*Carta de Adelaida á Mr.  
de Reuil.*

Señor: socorred á una jóven oprimida por la cruel autoridad de un Padre : venid á unir las voces de la amistad á las de la naturaleza ; porque os hago saber que me han mandado ame , y acepte por esposo á un extranjero , y á un hombre , á quien solas dos veces he visto. En vano el Señor Dean y mi Madre se han empeñado en mi favor, porque no han sido oídos. Quieren que renuncie... ¿Yo

renunciar á Dorval? No, porque el amor, el honor, y todo me lo prohiben. He mandado que le preparen un quarto en casa de nuestro Montaraz, que está al cabo del parque, cerca de la calle de Paris; por lo que os suplico le conduzcáis á ella, impidiéndole sobre todo que se acerque al castillo sin mis órdenes. No le habléis una palabra de la vuelta de mi Padre, avisándole solamente, que hallará una carta detrás del espejo. Confío en que ocultaréis esta carta, y en que os dexareis ver mañana á el anochecer, ó al dia siguiente á mas tardar.

*Carta de Durval á Adelaida.*

El primer cuidado luego que llegué , fué el de ir á tomar tu carta , que pongo mil veces sobre mi corazon , y á quien conservo como dictada por el tuyo , porque su contexto dulcifica en mi alma el rigor de tu ausencia ; la leo á cada instante , y siempre me parece que hallo en ella cosas nuevas , si bien todos los sentimientos que contiene los tengo impresos en mi alma. O querida Adelaida , ayúdame á soportar el placer de ser adorado por tí , porque su exceso me arrebatá y aniqui-

la Mas dime, ¿de qué sirven estas tan reiteradas seguridades de tu amor? Imaginas acaso que puedo dudar un instante. ¡ Ah zelosa! tomes que mi corazón no iguale al tuyo; asegúrate, tranquilízate Adelaida, pues que ya tarda para mí el deseado momento en que me sea permitido correr á abrazar las rodillas de tu Padre, y oírle honrarme con el dulce título de hijo suyo. ¡ Ay de mí! puede ser que en este mismo instante haya conseguido nuestro generoso amigo su consentimiento. ¿ Seré ya tu esposo querida Adelaida? Ah; si esto es así, ven á participar del placer que me enagena,

ven á recoger las lágrimas de mi alegría, y á volverme las fuerzas que el exceso de la felicidad ha debilitado.

*Carta de Mr de Reuil á Madama de Sainte.*

Señora , solo por obedecer á vuestra amiga os escribo hoy , aunque con temor. ¡Ay de mí ! puede ser que sea el intérprete de sus últimas intenciones. La memoria..... Tiemblo todavia ... Señora, esta amable desgraciada me escribió, diciendo con las mayores ansias , que la socorriese , y yo que estoy enterado á fondo de sus desgracias , no puedo ménos de darla todos

quantos medios de socorrerla esten en mi poder. Llegué pues , á su casa , y encontré á Madama de Saint Fray, que derramando amargas lágrimas á los pies de su esposo, dixo al verme: ¡O Señor mio! venid, acercaos á mí para enternecer el corazon mas desapiadado. Hícelo así, y abracé á Mr. de Saint Fray , suplicándole en nombre del vínculo que nos une por espacio de treinta años , que concediese á su hija el esposo que pedia , que era el hombre mas virtuoso , y el que salvó la vida de su amigo. Me lo negó ; entónces insistí, y opuse á su ambicion la necesidad de unir dos almas que

habian nacido para ser inseparables, ratificando un enlace formado por la virtud, y estrechado por el amor, haciéndole presente al mismo tiempo los deberes de la naturaleza. Dixo que mi proposicion era una extravagancia, y asegura que jamas entregará su hija á un particular sin nombre, sin bienes, y que ha recientemente salido de una cárcel. Sabes tú, le dixes con algun calor, ¿ qué hablas de mi libertador? y qué la prision que le afeas ha sido el fruto de su valentia, y humanidad? ¿ Es el primer inocente desconocido? No puedo por ventura dudar, que, tú, á pesar del nacimiento que tanto

ostentas , y de la misma amistad que nos une alcabo de tantos años , hubieras expuesto tu vida tan valerosamente por mí , quando has pedido sofocar los sentimientos paternales ?... ¿ Pero conoces , me dixo , á la persona , por quien te atreves á reconvoirme tan agriamente ? pues es una rebelde y caprichosa , que tuvo ayer el atrevimiento de decirme que no estaba obligada á obedecerme. No lo creo, le respondí : enhorabuena , me dixo, pero aguarda y lo verás. Mandó que llamasen á la amable Adelaida ; esta pobre niña llegó temerosa no dexando de mirarme continuamente.

Acercaos Señorita , dixo su Padre , porque he tenido á bien volveros á ver á instancias de mi amigo , á pesar del atrevimiento que tuvisteis ayer de decirme en mi cara que nada os obligaba á obedecerme. Yo Padre mio , le respondió , arrojándose á sus pies, os pido perdon , porque no os respondí que nada me obligaba á obedeceros , sino que me veia en obligacion de negar la mano á un hombre á quien no conocia , y mas quando conservo en mi corazon sentimientos , que solo puedo conceder al que amo. Tuve tambien el honor de deciros que habia sacrificios superiores á las fuerzas hu-

manas, y que el que exígiais de mí era uno: imploré vuestra clemencia en la seguridad de que jamas os perderia el respeto : es decir , replicó, que te creerás disculpada no diciéndome , no quiero , sino ¿no puedo obedecer? ¿Quién puede quitarte la libertad? El honor que es mi primera obligacion respondió ella. Ya lo oyes , me dixo , ella finge ignorar que su primera obligacion es obedecerme. Te engañas , le respondí : ¿ cómo exclamó! ¿será acaso limitada la autoridad que tengo sobre mi hija? Yo entónces le llamé aparte , y le dixé amigo mio, ¿te acuerdas de que Cálas fué castigado , como un culpable

po haber dado muerte á uno de sus hijos ? pues todavia es un hecho mas criminal el hacerlos infelices. Saint Fray quedó admirado , y advertí su tristeza , guardando profundo silencio ; aprovechame de esta ocasion , y abrazándole , le dixé : ó amigo mio, al fin conoces que eres Padre. En esto ven venir á toda prisa á la Madre , á la hija , y aún criado que anuncia la legada del esposo destinado á Adelaida en compañía de un Notario. Mr. de Saint Fray salió á recibirle , haciéndole mil cumplimientos, y caricias, y volviéndose á mí, me dixo, ya ves amigo mio , que en el estado presente de las cosas,

no puedo révocar mi palabra, y así, lo más que haré para indemnizar al hombre de bien que pretexas, será asegurarle mil escudos de pensión. No los necesita, le respondí con firmeza; además de que es demasiado hombre de bien para aceptarlos, é incapáz de vender á su esposa; inítale pues no vendiendo á tu hija. Culló, y apartándose de mí, me levanté para salir, pero me detuvo Adelida, diciendo: O Señor, no os marcháis sin favorecerme. Su Padre la miró con furor, y tomando el contrato de las manos del Notario, la dixo: firmad Señorita, y despues marchaos á vuestro quarto,

Muy bien respondió ella con voz desmayada, voy á obedecer firmando la sentencia de mi muerte, y al acabar estas palabras dexó á todos los circunstantes. Su Madre la quiso seguir, y lo hubiera hecho si Mr. de Saint Fray no se lo impidiera: el jóven quedó pasmado sin saber lo que le sucedia, y Saint Fray, lleno de cólera no podia pronunciar una palabra: reinaba un triste silencio que fué interrumpido por los horribles gritos de la doncella: corrimos todos á exâminar lo que era; pero gran Dios, ¡qué espectáculo! Adelaida nadaba en su sangre, luchando con la muerte. La Madre re-

trócedió de espanto á vista de este fatal suceso , diciendo á su esposo : ¡mira bárbaro lo que has hecho ! y sin pronunciar mas palabras se precipita sobre su hija , cubriéndola el rostro con la sangre que de su pecho salia. El desgraciado Padre quiere socorrer á su esposa , y á su hija ; pero cae á nuestros pies sin conocimiento : llevamosle á su quarto , mandamos llamar al Cirujano, que aplicando la tienza á la herida consiguió detener la sangre. Mr. de Saint Fray le miraba con inquietud , sin atreverse á preguntarle ; mas él marchó sin decirnos nada , pasando ántes por el quarto de Saint

Fray: yo le seguí, y le pregunté, que juicio formaba de los enfermos; estan mortales, me respondió. Esta respuesta fué un golpe que me angustió tanto mas cruelmente, quanto era el dolor que padecía á un tiempo mi corazón, y el que causaria al mas amable de los hombres la muerte de su amante. Sin embargo, era preciso verle, pero temia que su amorosa impaciencia no le hiciese tomar algunas determinaciones indiscretas, y que supiese lo que con tanto esmero procuraba ocultarle. Inmediatamente que me vió corrió hácia mí, arrojándose á mi cuello, y con una alegría extraordi-

naria , me dixo : ¿ qué noticias me traeis mi querido libertador ? ¿ podré llamarme feliz ? ¿ convienen en darme á a Adelaída por esposa ? Apenas podrá contener mis lágrimas , porque la excesiva alegría de Durval hacia mas amargos mis dolores : respondile pues con bastante frialdad , que Adelaída estaba desazonada . Al oír estas palabras quedó atónito , y lleno de admiracion : sin embargo añadió , se ha hablado de vos . y Mr. de Saint Fray os estima , y espera . . ¿ Pero qué ? me dixo , ¿ Adelaída está enferma ? Sí , le respondí , y la causa de su enfermedad ha sido seguramente la fatiga

de su viage : me dixo que os suplicase no os asustaseis, encargándome tambien , que os reiterase las órdenes de que no os acerqueis al castillo. ¿ Con qué otra vez estoy reducido á la dura necesidad de separarme de ella ? me dixo : ¡ O mi querido libertador , qué feliz sois ! id á verla , y á sacarla de inquietudes , diciéndola que será obedecida. De vuelta del castillo, pasé al quarto de Mr. de Saint Fray , pero no pude entrar porque me dixeron no queria ver á nadie. Acerqueme al de Adelaida, quien haciendo una señal para que se apartasen los criados , y suplicando me acercase á su

cama , me habló de esta manera : Señor mio , yo muero , pero el mas cruel de los males , es el de separarse de una Madre , de un amante , y de una amiga que me aman . Vos os habeis dignado interesaros en mi suerte , y creo que tendreis á bien favorecer á los que me aman , con las bondades que ya no necesito . No abandoneis jamas á Durval , diciéndole al mismo tiempo , que he debido morir ántes que renunciarle . Consolad á mi Madre , y asegurad á Madama de Saint , que me he acordado hasta el último aliento que fué mi mejor amiga . He obedecido Señora .

*Carta de Mr. de Reuil  
á la misma.*

Hemos pasado quatro dias en la mas cruel incertidumbre, porque el Padre no queria ver á nadie, ni aun á su esposa; y la hija, se hallaba en un estado de abatimiento tal, que nos hacia temer á cada instante su muerte. Ayer la hizo el Cirujano la segunda cura, manifestando alguna esperanza, y animando la nuestra; la dio la quinta sangria; por lo que respira ahora con libertad. Su primer cuidado, luego que recobró la fuerza de hablar fué el de preguntar por su Padre, y

respondiéndola que estaba enfermo, exclamó : ¡Ah! ¿con qué hé asesinado á un tiempo al Padre , y á la hija? ¿Por qué no me seria permitido sobrevivir al honor? Madame de Saint Fray , entónces la dió mil besos , é inundándola de lágrimas , la dixo : ó hija mia , tus sublimes sentimientos son innatos en tu alma , ¡pero ah ! ¿será preciso que la virtud te cueste la vida? Interrumpí esta conversacion , trayendo á la memoria las esperanzas que el Cirujano acababa de darnos, diciendo á esta tierna Madre: no , no perderemos á la adorable Adelaida. Esta amable niña me preguntó por Eur-

val diciendome , que si habia tenido fuerzas para soportar... y se detuvo. Nada sabe , la respondí. Ah mi querido bienhechor , me dixo : vos me salvais la vida destruyendo mi mas vivo dolor. La aseguré que era imposible que Durval supiese nada de lo sucedido segun las medidas que yo habia tomado ; y dándome segunda vez gracias , me dixo : para poner el colmo á todas las bondades vuestras mi querido protector seria preciso determinar á mi Padre , á que me visite luego que saiga de su quarto. Hice presente las dificultades relativas á la conducta de su Padre , á fin de ganar tiempo , y

de dexarle adquirir bastantes fuerzas, ó para saber su muerte, ó para sufrir sus nuevas reconvençiones: cedió en fin á mi observacion, y entré muy satisfecho en mi quarto. En fin, solo faltaba á mis esperanzas la de poder acercarme á Mr. de Saint Fray, y volverle á la razon. Habia proyectado esperar á que abriesen el quarto, en el qual estaba encerrado con su ayuda de cámara; y usar aun de violencia si se opusiesen á mi entrada; pero qual fué mi admiracion quando ví entrar esta mañana en mi quarto á su criado suplicándome con el mas amoroso llanto, que fuese á hablar á su amo.

Corrí allá al instante , y encuentro á este desgraciado Padre , que apénas respiraba. Luego que me vió recogió todas sus fuerzas para darme la mano , y decirme con voz moribunda , vén , vén á recibir mi último aliento : ¡ Oh ! amigo mio , mis entrañas estan despedazadas por mis remordimientos ; muero desesperado.... dí á mí hija , si es que respira aún.... Yo le interrumpí diciendo vive , te ama , y esperamos sane de su herida. ¡ No ! ¡ Me engañas ! me dixo : no , le respondí. ¡ O hija mia ! exclamó , ¡ mi querida hija ! amigo mio , yo quiero verla , sí , quiero verla , y abrazarla ántes de mo-

rir. Llama á mi ayuda de cámara , y con tu socorro iré.... Y que piensas , le dixé , interumpiéndole, ¿quieres abreviar sus dias exponiendo los tuyos ? ¿Estás tú en estado de ser movido ? Esperemos algunos dias. ¡Ay de mí! esperar algunos dias , ¡y acaso no viviré dos horas ! No sabía que hacer , y así en lugar de llamar á su ayuda de cámara fui al quarto de Adelaida á decirla que acababa de ver á su Padre. ¿ Y qué ? me preguntó. ¿ Puedo esperar que me perdone el haber preferido la muerte al deshonor ? Sí le respondí , y aun queria veros. Miro á su Madre , la qual contemplándola

214 LA FILÓSOFA

en aquel estado , la dixo :  
hija mia , ya ves que te es  
imposible dar un paso , y con-  
vendra que te conduzcan en  
una silla : sí , sí respondió ella ,  
corramos á abrazar á mi Pa-  
dre. Corrió á llevar esta noti-  
cia á mi desgraciado amigo ,  
quien exclamó : ya moriré  
contento. Se llamaron á los  
criados que llevasen á Ade-  
laida , y apenas se vieron es-  
tos dos desgraciados , excla-  
maron á un tiempo , ¡o Pa-  
dre mio ! ¡ó hija mia ! la silla  
en que ella iba fué necesario  
ponerla sobre otras , acercán-  
dola á la cama de este Padre  
moribundo , quien luego que  
pudo alcanzar á su hija , la  
reclinó sobre sus brazos

aplicando su rostro al suyo, y bañándole con sus lágrimas. Adelaida quiso hablar, pero la significó que la escuchase, diciéndola, hija mía, no he querido morir sin haber cumplido ántes hácia tí con los deberes paternales, puesto que la cercanía de la muerte ha despojado á mi alma de los prestigios, y errores que la habian tenido engañada hasta ahora, haciéndome sentir mis remordimientos que soy Padre. Anulo pues la promesa que hice al Marques de darle mi mano y corazón, así consiento, que dispongas de ella á favor de Darval: sé feliz, hija mía, perdona á un padre, a quien el orgullo ha-

bia quitado este título , y quien morirá contento, si quieres volverle un amor de que no es digno. Inclínose segunda vez hácia su hija, preguntándola con una voz mezclada de sollozos , si le perdonaba. En el mismo instante se oyó un temeroso ruido en la antesala , y volviéndome á exâminar lo que era, veo entrar á Durval con la espada en la mano : me arrojé precipitado á él , diciendo , que vas á hacer infeliz : vengar, respondió, la muerte de mi amante en el corazón de un asesino. Me rechazó con la mayor violencia , y viendo á Adelaida , se le cayó la espada de la mano , quedando sin

movimiento. Sí hijo mio, exclamó este Padre infeliz, yo soy el asesino de mi hija; pero sosiegate, que el cielo te venga quitándome la vida. Esta jóven perdió el color, y con paso trémulo se acerca á la cama. Huid léjos de aquí dice Adelaida, porque qualquiera que es capaz de atentar á los dias de mi Padre, es indigno de mi corazon. Quiso hablar, pero ella repitió; salid, porque no puedo sufrir vuestra vista sin estremecerme de horror. Obedeció, le sigo; y me cuenta la causa de su furor: dixome que atraído por los gritos de la muger del Montaraz habia baxado para preguntarla la

causa , y ésta le habia respondido que Mr. de Saint Fray habia quitado la vida á su hija. Que en el mismo instante habia subido por la espada con intencion de atravesar el corazón de este desgraciado Padre y despues el suyo. He pasado lo restante del día en su compañía , y el pobre jóven está inconsolable , y casi desesperado , temiendo que la extremada delicadeza de Adelaida, no debilite su amor. Vuelvo al castillo por si puedo justificarle ante el corazón de la mas virtuosa de las amantes.

P. D.

Luego que llegué , ví á Durval puesto á los pies de

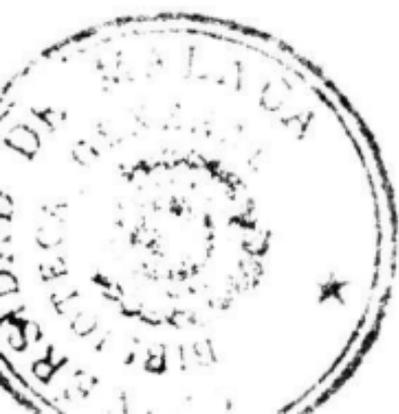
Mr. de Saint Fray asido de las manos de este desventurado Padre , y humedeciendolas con sus lágrimas ; quiso justificar su violencia , pero el dolor le oprimia , y solo le permite proferir palabras mal articuladas. Mr. de Saint Fray le abrazó , y enagenado este jóven por una señal semejante de indulgencia se volvió á Adelaida , pero ésta no quiso verle , yo le dixé que se retirarse con la confianza de obtener el perdon de esta amable niña.

*Villete de Adelaida á  
la misma.*

MI Padre ha muerto pagando con su vida los amorosos

extravíos de su hija ; O querida amiga ! ; Si hubierais oído sus últimas disposiciones ! Esta mañana me mandó llamar , y conduciéndome á su quarto, me dixo con una voz desmayada delante del Sr. Dean, y Durval : ven hija mía , á obedecer por la última vez á tu Padre. Me acerco , toma mi mano , y uniéndola á la de Durval , dixo al Dean : éste es el esposo que doy á mi hija , y ahora mismo quiero que se casen delante de mí : oyó nuestros juramentos y miró en nuestros brazos.

FIN.



B. L. L.

and the other

me S

A. n

o





